Pedro Calderón de la Barca

La Dama Duende

ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

La dama duende

Pedro Calderón de la barca

Publicado: 1636
Fuente: Dominio público

Personas que hablan en ella:

· **Don MANUEL**
· **Don LUIS**
· **Don JUAN**
· **COSME, gracioso**
· **RODRIGO, criado**
· **Doña ÁNGELA**
· **Doña BEATRIZ**
· **ISABEL, criada**
· **CLARA, criada**
· **CRIADOS**

ACTO PRIMERO

Salen don MANUEL y COSME, de camino

MANUEL: Por un hora no llegamos a tiempo
de ver las fiestas con que Madrid generosa hoy el
bautismo celebra del primero Baltasar.
COSME: Como ésas, cosas se aciertan o se ye-
rran por un hora:
Por una hora que fuera antes Píramo a la
fuente, no hallara a su Tisbe muerta y las moras no
mancharan porque dicen los poetas que con arrope
de moras se escribió aquella tragedia.
Por una hora que tardara
Tarquino, hallara a Lucrecia recogida con lo
cual los autores no anduvieran, sin ser vicarios,
llevando a salas de competencias la causa, sobre
saber si hizo fuerza o no hizo fuerza.
Por una hora que pensara si era bien hecho o
no era echarse Hero de la torre, no se echara, es
cosa cierta, con que se hubiera excusado al doctor
Mira de Amescua de haber dado a los teatros tan
bien escrita comedia, y haberla representado
Amarilis tan de veras que volatín del carnal
--si otros son de la cuaresma-- sacó más de alguna vez las manos en la cabeza.
Y puesto que hemos perdido por una hora tan
gran fiesta, no por una hora perdamos la posada,

que si llega tarde Abindarraez, es ley que haya de quedarse fuera; y estoy rabiando por ver este amigo que te espera como si fueras galán al uso con cama y mesa, sin saber cómo o por dónde tan grande dicha nos venga.

Pues, sin ser los dos torneos, hoy a los dos nos sustenta.

MANUEL: Don Juan de Toledo es, Cosme, el hombre que más profesa mi amistad, siendo los dos envidia ya que no afrenta de cuantos la antigüedad por tantos siglos celebra.

Los dos estudiamos juntos y, pasando de las letras a las armas, los dos fuimos camaradas en la guerra en las de Piamonte. Cuando el señor duque de Feria con la jineta me honró, le di, Cosme, mi bandera.

Fue mi alférez y después, sacando de una refriega una penetrante herida, le curé en mi cama mesma.

La vida, después de Dios, me debe. Dejo las deudas de menores intereses; que entre nobles es bajeza referirlas. Pues pos eso pintó la docta academia al galardón una dama rica y las espaldas vueltas, dando a entender que, en haciendo el beneficio, es discreta acción olvidarse de él; que no le hace el que le acuerda.

En fin, don Juan, obligado de amistades y finezas, viendo que su majestad con este gobierno premia mis servicios y que vengo de paso a la corte, intenta hoy hospedarme en su casa por pagarme con las mesmas.

Y, aunque a Burgos me escribió de casa y calle las señas, no quise andar preguntando a caballo dónde era, y así dejé en la posada las mulas y las maletas.

Yendo hacia donde me dice, vi las galas y libreas, e, informado de la causa, quise, aunque de paso, verlas.

Llegamos tarde en efecto, porque...

Salen doña ÁNGELA e ISABEL, en corto ta-

padas

ÁNGELA: Si como lo muestra el traje, sois caballero de obligaciones y prendas, amparad a una
mujer, que a valerse de vos llega.
Honor y vida me importa que aquel hidalgo no
sepa quién soy y que no me siga.
Estorbad, por vida vuestra, a una mujer prin-
cipal, una desdicha, una afrenta, que podrá ser que
algún día... ¡Adiós, adiós; que voy muerta!

Vase

COSME: ¿Es dama? ¿O es torbellino?
MANUEL: ¿Hay tal suceso?
COSME: ¿Qué piensas hacer?
MANUEL: ¿Eso preguntas? ¿Cómo puede mi
nobleza excusarse de excusar una desdicha, una
afrenta?
Que según muestra, sin duda, es su marido.
COSME: ¿Y qué intentas?
MANUEL: Detenerle con alguna industria. Mas
si con ella no puedo, será forzoso el valerme de la
fuerza sin que él entienda la causa.
COSME: Si industria buscas, espera; que a mi fe me ofrece una.
Esta carta, que encomienda es de un amigo,
me valga.
Salen don LUIS y RODRIGO, su criado
LUIS: Yo tengo de conocerla, no más de por
el cuidado con que de mi se recela.
RODRIGO: Síguela, y sabrás quién es.
Llega COSME, y retírase don MANUEL
COSME: Señor, aunque con vergüenza llego,
vuesarced me haga tan gran merced que me lea a
quién esta carta dice.
LUIS: No voy agora con flema.
Detiénele
COSME: Pues si flema sólo os falta, yo tengo
cantidad de ella, y podré partir con vos.
LUIS: Apartad.
MANUEL: (¡Oh, qué derecha
Aparte es la
calle. Aún no se pierde de vista.)
COSME: Por vida vuestra.

LUIS: Vive Dios, que sois pesado, y os romperé la cabeza si mucho me hacéis.
COSME: Por eso os haré poco.
LUIS: Paciencia me falta para sufriros.
Apartad de aquí.
Rempújale
MANUEL: (Ya es fuerza
Aparte llegar. Aca-
be el valor lo que empezó la cautela.)

Llega

Caballero, ese criado es mío, y no sé qué
pueda haberos hoy ofendido para que de esa manera le atropelléis.
LUIS: No respondo a la duda o a la queja
porque nunca satisfice a nadie. Adiós.
MANUEL: Si tuviera necesidad mi valor de satisfacciones, crea vuestra arrogancia de mí que no me fuera sin ella.
Preguntar en qué os ofende merece más cortesía y, pues la corte la enseña, no la pongáis en mal nombre aunque un forastero venga a enseñarla a los que tienen obligación de saberla.
LUIS: ¡Quién pensare que no puedo enseñarla yo...
MANUEL: La lengua suspended y hable el acero.

Sacan las espadas

LUIS: Decís bien.
COSME: ¡Oh, quién tuviera gana de reñir!
RODRIGO: Sacad la espada vos.
COSME: Es doncella y sin cédula o palabra.
No puedo sacarla.
Salen doña BEATRIZ, teniendo a don JUAN, y CLARA, criada y gente
JUAN: Suelta,
Beatriz.
BEATRIZ: No has de ir.
JUAN: Mira que es con mi hermano la pendencia.
BEATRIZ: ¡Ay de mí, triste!
JUAN: A tu lado estoy.
LUIS: Don Juan, tente. Espera; que más que a darme valor a hacerme cobarde llegas.
Caballero forastero, quien no excusó la pendencia solo, estando acompañado bien se ve, que no la deja de cobarde. Idos con Dios; que no sabe mi nobleza reñir mal, y más con quien tanto brío y valor muestra.
Idos con Dios.
MANUEL: Yo os estimo bizarría y gentileza;
pero si de mí por dicha algún escrúpulo os queda,
me hallaréis donde quisiereis.
LUIS: Norabuena
MANUEL: Norabuena.
JUAN: ¿Qué es lo que miro y escucho? ¿Don Manuel?
MANUEL: ¿Don Juan?
JUAN: Suspensa el alma no determina qué

hacer cuando considera un hermano y un amigo,
que es lo mismo, en diferencia tal, y hasta saber la
causa, dudaré.
LUIS: La causa es ésta.
Volver por ese crïado este caballero intenta, que necio me ocasionó a hablarle mal. Todo cesa
con esto.
JUAN: Pues, siendo así cortés, ¿me darás licencia para que llegue a abrazarte?
El noble huésped que espera nuestra casa es
el señor don Manuel, hermano. Llega; que dos que
han reñido iguales, desde aquel instante quedan
más amigos pues ya hicieron de su valor experiencia.
Daos los brazos.
MANUEL: Primero que a vos os los dé, me lleva el valor que he visto en él a que al servicio me
ofrezca del señor don Luis.
LUIS: Yo soy vuestro amigo, y ya me pesa
de no haberos conocido, pues vuestro valor pudiera
haberme informado.
MANUEL: El vuestro, escarmentado, me deja
una herida en esta mano
LUIS: [¡Por mi vida!] ¡Más quisiera tenerla mil
veces yo!
COSME: ¡Qué cortesana pendencia!
JUAN: ¿Herida? Vení a curaros.
Tú, don Luis, aquí te queda hasta que tome
su coche doña Beatriz que me espera, y de esta
descortesía me disculparás con ella.
Venid, señor, a mi casa
--mejor dijera a la vuestra-- donde os curéis.
MANUEL: Que no es nada.
JUAN: Venid presto.
MANUEL: (¡Qué tristeza **Aparte** me ha dado
que me reciba con sangre Madrid!)
LUIS: (¡Qué pena
Aparte tengo de no
haber podido saber qué dama era aquella!)
COSME: (¡Qué bien merecido tiene **Aparte** mi

amor lo que se lleva porque no se meta a ser don Quijote de la legua!)

Vanse los tres, y llega don LUIS [a] doña BEATRIZ que está aparte

LUIS: Ya la tormenta pasó.
Otra vez, señora, vuelva a restituír las flores
que agora marchita y seca de vuestra hermosura el hielo de un desmayo.

BEATRIZ: ¿Dónde queda don Juan?

LUIS:
Que le perdonéis os pide, porque le llevan forzosas obligaciones, y el cuidar con diligencia de la salud de un amigo que va herido.

BEATRIZ: ¡Ay de mí! ¡Muerta estoy! ¿Es don Juan?

LUIS: Señora, no es don Juan, que no estuviera, estando herido mi hermano, yo con tan grande paciencia.
No os asustéis, que no es justo; que sin que él la herida tenga tengamos entre los dos, yo el dolor, y vos la pena... digo dolor, el de veros tan postrada, tan sujeta a un pesar imaginado, que hiere con mayor fuerza.

BEATRIZ: Señor don Luis, ya sabéis que estimo vuestras finezas, supuesto que lo merecen por amorosas y vuestras; pero no puedo pagarlas, que eso han de hacer las estrellas, y no hay de lo que no hacen quien las tome residencia.
Si lo que menos se halla es hoy lo que más se precia en la corte, agradeced el desengaño, siquiera, por ser cosa que se halla con dificultad en ella.
Quedad con Dios.

Vase con su criada

LUIS: Id con Dios.
No hay acción que me suceda bien, Rodrigo.
Si una dama veo airosa, y conocerla solicito, me detienen un necio y una pendencia que no sé cuál es peor.
Si riño y mi hermano llega, es mi enemigo su amigo; si por disculpa me deja de una dama, es una dama que mil pesares me cuesta.
De suerte que una tapada me huye, un necio me atormenta, un forastero me mata, y un hermano me le lleva a ser mi huésped a casa y otra dama me desprecia.
De mal anda mi fortuna.
RODRIGO: Que de todas esas penas que sé la que siente más.
LUIS: No sabes.
RODRIGO: Que la que llegas a sentir más son los celos de tu hermano y Beatriz bella.
LUIS: Engáñaste.
RODRIGO: Pues, ¿cuál es?
LUIS: Si tengo de hablar de veras
--de ti sólo me fïara-- lo que más siento es que sea mi hermano tan poco atento que llevar a casa quiera un hombre mozo, teniendo,
Rodrigo, una hermana bella, viuda y moza y, como sabes, tan de secreto que apenas sabe el sol que vive en casa, porque Beatriz, por ser deuda, solamente la visita.
RODRIGO: Ya sé que su esposo era administrador en puertos de mar de unas reales rentas, y quedó debiendo al rey grande cantidad de hacien-

da.
Y ella a la corte se vino de secreto donde intenta, escondida y retirada, componer mejor sus deudas.
Y esto disculpa a tu hermano pues, si mejor consideras que su estado no le da ni permisión ni licencia de que nadie la visite, y que, aunque su huésped sea don Manuel, no ha de saber que en casa, señor, se encierra tal mujer, ¿qué inconveniente hay en admitirle en ella?
Y más, habiendo tenido tal recato y adverten-cia que para su cuarto ha dado por otra calle la puerta, y la que salía a la casa por desmentir la sospecha de que el cuidado la había cerrado, o porque pudiera con facilidad abrirse otra vez fabricó en ella una alacena de vidrios labrada de tal manera que parece que jamás en tal parte ha habido puerta.
LUIS: ¿Ves con lo que me aseguras?
Pues con eso mismo intentas darme muerte, pues ya dices que no ha puesto por defensa de su honor más que unos vidrios que al primer golpe se quiebran.
Vanse y salen doña ÁNGELA e ISABEL
ÁNGELA: Vuélveme a dar, Isabel, esas tocas.
¡Pena esquiva!
Vuelve a amortajarme viva ya que mi suerte crüel lo quiere así.
ISABEL: Toma presto porque, si tu hermano viene y alguna sospecha tiene, no la confirme con esto de hallarte de esta manera que hoy en palacio te vio.
ÁNGELA: ¡Válgame el cielo, que yo entre dos paredes muera, donde apenas el sol sabe quien soy! Pues la pena mía en el término del día ni se contiene, ni cabe donde inconstante la luna que aprende influjos de mí, no puede decir "Ya vi que lloraba su fortuna."
Donde, en efecto, encerrada, sin libertad he vivido, porque enviudé de un marido, con dos hermanos casada.

Y luego delito sea sin que toque en liviandad, depuesta la autoridad ir donde tapada vea un teatro en quien la fama para su aplauso inmortal con acentos de metal a voces de bronce llama. ¡Suerte injusta! ¡Dura estrella!

ISABEL: Señora, no tiene duda de que mirándote viuda, tan moza, bizarra y bella, tus hermanos cuidadosos te celen, porque este estado es el más ocasionado a delitos amorosos.

Y más en la corte hoy donde se han dado en usar unas viuditas de azahar; que al cielo mil gracias doy cuando en las calles las veo tan honestas, tan fruncidas, tan beatas y aturdidas, y en quedándose en mateo es el mirarlas contento, pues sin toca y devoción faltan más a cualquier son que una pelota de viento.

Y este discurso doblado para otro tiempo, señora, como no habemos agora en el forastero hablado a quien tu honor encargaste y tu galán hoy hiciste.

ÁNGELA: Parece que me leíste el alma en eso que hablaste.

Cuidadosa me ha tenido no por él, sino por mí, porque después cuando oí de las cuchilladas rüido, me puse--mas son quimeras--

Isabel, a imaginar que él había de tomar mi disgusto tan de veras, que había de sacar la espada en mi defensa. Yo fui necia en empeñarle así; mas una mujer turbada, ¿qué mira, o qué considera?

ISABEL: Yo no sé si lo estorbó, mas sé que no nos siguió tu hermano más.

ÁNGELA: ¡Oye, espera!

Sale don Luis

LUIS: ¿Ángela?
ÁNGELA: Hermano y señor, turbado y confuso vienes. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
LUIS: Harto tengo, tengo honor.
ÁNGELA: (¡Ay de mí! Sin duda es **Aparte** que don Luis me conoció.)
LUIS: Y así siento mucho yo que te estime poco.
ÁNGELA: Pues, ¿has tenido algún disgusto?
LUIS: Lo peor es, cuando vengo a verte, el disgusto tanto que tuve, Ángela.
ISABEL: (¡Otro susto!)

Aparte

ÁNGELA: Pues yo, ¿n qué te puedo dar, hermano, disgusto? Advierte...
LUIS: Tú eres la causa, y el verte...
ÁNGELA: (¡Ay de mí!)

Aparte

LUIS: ...Ángela estimar tan poco, de nuestro hermano.
ÁNGELA: (¡Eso sí!)

Aparte

LUIS: Pues cuando vienes con los disgustos
que tienes, cuidados te dé, no en vano.
El enojo que tenía, con el huésped me pagó,
pues, sin conocerle yo, hoy le [he] herido en profecía.
ÁNGELA: Pues, ¿cómo fue?
LUIS: Entré en la plaza de palacio, hermano,
a pie, hasta el palenque, porque toda la desembaraza de coches, y caballeros la guarda. A un corro
me fui de amigos, adonde vi que alegres y lisonjeros
los tenía una tapada, a quien todos celebraron lo
que dijo, y alabaron de entendida y sazonada.
Desde el punto que llegué otra palabra no
habló, tanto, que a alguno obligó a preguntarla por
qué. ¿Porque yo llegaba había con tanto extremo
callado?
Todo me puso en cuidado.
Miré si la conocía, y no pude, porque ella se
puso más en taparse, en esconderse y guardarse.
Viendo que no pude vella, seguilla determiné.
Ella siempre atrás volvía a ver si yo la seguía
cuyo gran cuidado fue espuela de mi cuidado.
Yendo de esta suerte, pues, llegó un hidalgo,
que es de nuestro huésped crïado a decir que le
leyese una carta. Respondí que iba de prisa, y creí
que detenerme quisiese con este intento, porque la
mujer [le] habló al pasar y tanto dio en porfiar que le dije no sé qué.

Llegó en aquella ocasión en defensa del crïa-do nuestro huésped, muy soldado.

Sacamos, en conclusión, las espadas. Todo

es esto pero más pudiera ser.
ÁNGELA: Miren la mala mujer en qué ocasión
te había puesto; que hay mujeres tramoyeras.
Pondré que no conocía quién eras, y que lo
hacía solo porque la siguieras.
Por eso estoy harta yo de decir--si bien te
acuerdas-- que mires que no te pierdas por mujercillas que no saben más que aventurar los hombres.
LUIS:
¿En qué has pasado la tarde?
ÁNGELA: En casa me he estado entretenida
en llorar.
LUIS: ¿Hate nuestro hermano visto?
ÁNGELA: Desde esta mañana, no ha entrado
aquí.
LUIS:
¡Qué mal yo estos descuidos resisto!
ÁNGELA: Pues deja los sentimientos; que al
fin sufrirle es mejor; que es nuestro hermano mayor
y comemos de alimentos.
LUIS: Si tú estás tan consolada, yo también, que yo por ti lo sentía; y porque así veas, no dárseme nada a verle voy, y aún con él haré una galantería.

Vase

ISABEL: ¿Qué dirás, señora mía, después del
susto crüel de lo que en casa nos pasa?
Pues el que hoy ha defendido tu vida, hués-
ped y herido, le tienes dentro de casa.
ÁNGELA: Yo, Isabel, lo sospeché cuando de
mi hermano oí la pendencia, y cuando vi que el
herido el huésped fue.
Pero aun bien no lo he creído porque cosa
extraña fuera que un hombre a Madrid viniera y
hallase recién venido una dama que rogase que su
vida defendiese, un hermano que le hiriese, y otro
que le aposentase.
Fuera notable suceso y, aunque todo puede
ser, no lo tengo de creer sin vello.
ISABEL: Y si para eso te dispones, yo bien sé
por donde verle podrás y aun más que velle.
ÁNGELA: Tú estás loca. ¿Cómo? Si se ve de mi cuarto tan distante el suyo?
ISABEL: Parte hay por donde este cuarto co-
rresponde al otro. Esto no te espante.
ÁNGELA: No porque verlo deseo sino sólo por
saber, dime, ¿cómo puede ser?
Que lo escucho y no lo creo.
ISABEL: ¿No has oído que labró en la puerta
una alacena tu hermano?
ÁNGELA: Ya lo que ordena tu ingenio he en-
tendido yo. ¿Dirás que, pues es de tabla, algún
agujero hagamos por donde al huésped veamos?
ISABEL: Más que eso mi ingenio entabla.
ÁNGELA: Di.
ISABEL: Por cerrar y encubrir la puerta que se

tenía y que a este jardín salía y poder volverla a abrir, hizo tu hermano poner portátil una alacena. Ésta, aunque de vidrios llena, se puede muy bien mover.

Yo lo sé bien, porque cuando la alacena aderecé la escalera la arrimé y ella se fue desclavando poco a poco de manera que todo junto cayó, y di-mos en tierra yo, alacena y escalera de surte que en falso agora la tal alacena está y, apartándose podrá cualquiera pasar, señora.

ÁNGELA: Esto no es determinar sino prevenir primero. Ves aquí, Isabel, que quiero a esotro cuarto pasar; he quitado la alacena, ¿por allá no se podrá quitar también?

ISABEL: Claro está, y para hacerla más buena en falso se han de poner dos clavos, para advertir que sólo la sepa abrir el que lo llega a saber.

ÁNGELA: Al crïado que viniere por luz y por ropa, di que vuelva a avisarte a ti si acaso el huésped saliere de casa; que según creo, no le obligará la herida a hacer cama.

ISABEL: ¿Y, por tu vida, irás?

ÁNGELA: Un necio deseo tengo de saber si es él el que mi vida guardó, porque si le cuesto yo sangre y cuidado, Isabel, es bien mirar por su herida, si es que, segura de miedo de ser conocida, puedo ser con él agradecida.

Vamos, que tengo de ver la alacena, y si pasar puedo al cuarto, he de cuidar, sin que él lo llegue a entender, desde aquí de su regalo.

ISABEL: Notable cuento será [si se da] cuenta.

ÁNGELA: No hará; que hombre que su esfuerzo igualo a su gala y discreción, puesto que de todo ha hecho noble experiencia en mi pecho, en la primera ocasión, de valiente en lo restado, de galán en lo lucido, en el modo de entendido, no me ha de causar cuidado que diga suceso igual, que fuera notable mengua que echara una mala lengua tan

buenas partes a mal.
Vanse. Salen don JUAN, don MANUEL, y un

criado con luz

JUAN: ¡Acostaos, por mi vida!
MANUEL: Es tan poca la herida que antes,
don Juan, sospecho que parece melindre el haber
hecho casi ninguno de ella.
JUAN: Harta ventura ha sido de mi estrella;
que no me consolara jamás, si este contento me
costara el pesar de teneros en mi casa indispuesto,
y el de veros herido por la mano
--si bien no ha sido culpa--de mi hermano.
MANUEL: Él es buen caballero y me tiene en-
vidioso de su acero, de su estilo admirado, y he de
ser muy su amigo y su crïado.
Sale don LUIS, y un criado con un azafate cubierto, y en él un aderezo de espada
LUIS: Yo, señor, lo soy vuestro como en la
pena que recibo muestro, ofreciéndoos mi vida; y
porque el instrumento de la herida en mi poder no
quede, pues ya agradarme ni servirme puede, bien
como aquel crïado que a su señor algún disgusto ha
dado, hoy de mí le despido.
Ésta es, señor, la espada que os ha herido.
A vuestras plantas viene a pediros perdón si
culpa tiene.
Tome vuestra querella con ella en mi vengan-
za de mí y de ella.
MANUEL: Sois valiente y discreto.
En todo me vencéis. La espada aceto porque
siempre a mi lado me enseñe a ser valiente. Conf-
ïado desde hoy vivir procuro porque, ¿de quién no
vivirá seguro quien vuestro acero ciñe generoso?
Que él solo me tuviera temeroso.

JUAN: Pues don Luis me ha enseñado a lo
que estoy por huésped obligado, otro regalo quiero
que recibáis de mí.
MANUEL: ¡Qué tarde espero pagar tantos favores!
Los dos os competís en darme honores.
Sale COSME cargado de maletas y cojines
COSME: Doscientos mil demonios de su furia
infernal den testimonios, volviéndose inclementes
doscientas mil serpientes que asiéndome de un
vuelo den conmigo de patas en el cielo, del mandato oprimidos de Dios, por justos juicios compelidos,
si vivir no quisiera, sin injurias en Galicia o Asturias antes que en esta corte.
MANUEL: Reporta.
COSME: El reportorio se reporte.
JUAN: ¿Qué dices?
COSME: Lo que digo, que es traidor quien da
paso a su enemigo.
LUIS: ¿Qué enemigo? Detente.
COSME: El agua de una fuente y otra fuente.
MANUEL: ¿De aqueso te inquietas?
COSME: Venía de cojines y maletas por la calle
cargado, y en una zanja de una fuente he dado, y
así lo traigo todo
--como dice el refrán--puesto de lodo. ¿Quién
esto en casa mete?
MANUEL: Vete de aquí, que estás borracho.
Vete.
COSME: Si borracho estuviera menos mi enojo
con el agua fuera.
Cuando en un libro leo de mil fuentes que
vuelven varias cosas sus corrientes, no me espanto
si aquí ver determino que nace el agua a convertirse
en vino.
MANUEL: Si él empieza, en un año no acabará.
JUAN: Él tiene humor extraño.
LUIS: Solo de ti querría saber... Si sabes leer, como este día en el libro citado muestras, ¿por

qué pediste tan pesado que una corta leyese? ¿Qué
te apartas?
COSME: Porque sé leer en libros y no en cartas.
LUIS: Está bien respondido.
MANUEL: Que no hagáis caso de él, por Dios,
os pido.
Ya le iréis conociendo y sabréis que es
burlón.
COSME: Hacer pretendo de mis burlas alarde.
Para alguna os convido.
MANUEL: Pues no es tarde,
Porque me importa, hoy quiero hacer una vi-
sita.
JUAN: Yo os espero para cenar.
MANUEL: Tú, Cosme, esas maletas abre y
saca la ropa. No las metas.
JUAN: Si quisieres cerrar, ésta es del cuarto
la llave. Que aunque tengo llave maestra por si aca-
so vengo tarde, más que las dos, otra no tiene, ni
otra puerta tampoco. Así conviene y en el cuarto le
deja, y cada día vendrán [a] aderezarle.

Vanse y queda Cosme

COSME: Hacienda mía, ven acá, que yo quiero visitarte primero porque ver determino cuanto
habemos sisado en el camino; que como en las posadas no se hilan las cuentas tan delgadas como en casa, que vive en sus porfías, la cuenta y la razón por lacerías, hay mayor aparejo del provecho para meter la mano, no en mi pecho, sino en la bolsa ajena.
Abre una maleta y saca un bolsón
Topé la propia. Buena está y rebuena pues aquesta jornada subió doncella y se apeó preñada.
Contallo quiero. Es tiempo perdido porque yo, que borregos he vendido a mi señor, ¿para qué mire y vea si está cabal? ¡Que ello fuere sea!
Su maleta es aquésta.
Ropa quiero sacar por si se acuesta tan presto, que el mandó que hiciese esto.
Mas porque él lo mandó, ¿se ha de hacer presto?
Por haberlo mandado, antes no lo he de hacer, que soy crïado.
Salirme un rato es justo a rezar a una ermita.
¿Tendrás gusto de esto, Cosme? Tendré. Pues, Cosme, vamos; que antes son nuestros gustos que los amos.
Vase. Por una alacena que estará hecho con anaqueles y vidrios en ella, quitándose con goznes como que se desencaja, salen doña ÁNGE-

LA e ISABEL

ISABEL: Que está el cuarto solo, dijo
Rodrigo, porque el tal huésped y tus hermanos se fueron.
ÁNGELA: Por eso pude atreverme a hacer
sólo esta experiencia.
ISABEL: ¿Ves que no hay inconveniente para
pasar hasta aquí?
ÁNGELA: Antes, Isabel, parece que todo
cuanto previne fue muy impertinente, pues con ninguno topamos; que la puerta fácilmente se abre y se
vuelve a cerrar sin ser posible que se eche de ver.
ISABEL: ¿Y a qué hemos venido?
ÁNGELA: A volvernos solamente, que para
hacer sola una travesura dos mujeres basta haberla
imaginado, porque al fin esto no tiene más funda-mento que haber hablado en ello dos veces y estar
yo determinada, siendo verdad que es aqueste caballero el que por mí se empeñó osado y valiente
--como te he dicho--a mirar por su regalo.
ISABEL: Aquí tiene el que le trujo tu hermano, y
una espada en un bufete.
ÁNGELA: Ven acá, ¿mi escribanía trujeron
aquí?
ISABEL: Dio en ese desvarío mi señor.
Dijo que aquí la pusiese con recado de escribir y mil libros diferentes.
ÁNGELA: En el suelo hay dos maletas.
ISABEL: ¡Y abiertas, señora! ¿Quieres que
veamos qué hay en ellas?
ÁNGELA; Sí, que quiero neciamente mirar qué
ropa y alhajas trae.

ISABEL: Soldado y pretendiente, vendrá muy mal alhajado.
Sacan todo cuanto van diciendo y todo lo es-

parcen por la sala

ÁNGELA: ¿Qué es esto?
ISABEL: Muchos papeles.
ÁNGELA: ¿Son de mujer?
ISABEL: No, señora, sino procesos que vienen cosidos, y pesan mucho.
ÁNGELA: Pues si fueran de mujeres, ellos fueran más livianos.
Mal en eso te detienes.
ISABEL: Ropa blanca hay aquí alguna.
ÁNGELA: ¿Huele?
ISABEL: Sí, a limpia huele.
ÁNGELA: Ése es el mejor perfume.
ISABEL: Las tres calidades tiene de blanca, blanda y delgada; mas, señora, ¿qué es aqueste pellejo con unos hierros de herramientas diferentes?
ÁNGELA: Muestra a ver. Hasta aquí loza de sacamuelas parece.
Mas estas son tenacillas y el alzador del copete.
Y los bigotes esotras.
ISABEL: Iten: escobilla y peine.
Oye, que más prevenido no le faltará al tal huésped la horma de su zapato.
ÁNGELA: ¿Por qué?
ISABEL: Porque aquí la tiene.
ÁNGELA: ¿Hay más?
ISABEL: Si, señora. Iten: como a forma de billetes legajo segundo.
ÁNGELA: Muestra.
De mujer son y contienen más que papel. Un retrato está aquí.

ISABEL: ¿Qué te suspende?
ÁNGELA: El verle, que una hermosura, si está pintada, divierte.
ISABEL: Parece que te ha pesado de sacalle.
ÁNGELA: ¡Qué necia eres!
No mires más.
ISABEL: ¿Y qué intentas?
ÁNGELA: Dejarle escrito un billete.
Toma el retrato.
Pónese a escribir
ISABEL: Entretanto, la malta del sirviente he de ver. Esto es dinero.
Cuartazos son insolentes; que en la república donde son los príncipes y reyes los doblones y los reales, ellos son la común plebe.
Una burla le he de hacer y ha de ser de aquesta suerte: quitarle de aquí el dinero al tal laca-yo, y ponerle unos carbones. Dirán--
"¿Dónde demonios los tiene esta mujer?" No advirtiendo que esto sucedió en noviembre y que hay brasero en el cuarto.
ÁNGELA: Yo escribí. ¿Qué te parece a donde deje el papel porque, si mi hermano viene, no le vea?
ISABEL: Así, debajo de la toalla que tienen las almohadas; que al quitarle se verá forzosamente y no es parte que hasta entonces se ha de andar.
ÁNGELA: Muy bien adviertes.
Ponle allí y ve recogiendo todo esto.
ISABEL: Mira que tuercen la llave ya.
ÁNGELA: Pues dejallo todo. Esté como estuviere y a escondernos, Isabel, ven.
ISABEL: Alacena ***me fecit.***
Vanse por el alacena y queda como estaba.

Sale Cosme

COSME: Ya que me he servido a mí de barato
quiero hacerle a mi amo otro servicio... mas, ¿quién
nuestra hacienda vende que así hace almoneda de
ella? ¡Vive Cristo! ¡Que parece plazuela de la ceba-
da su sala con nuestros bienes! ¿Quién está aquí?
No está nadie, por Dios, y si está no quiere respon-
der. No me respondas que me huelgo de que eche
de ver que soy enemigo de respondones. Con este
humor, sea bueno o sea malo
--si he de hablar discretamente-- estoy tem-
blando de miedo, pero como a mí de deje el revolto-
so de alhajas libre mi dinero, llegue y revuelva las
maletas una y cuatrocientas veces.
Mas, ¿qué veo? ¡Vive Dios que en carbones
lo convierte!
Duendecillo, duendecillo, quienquiera que fuiste y eres, el dinero que tú das en lo que manda-res vuelve; mas lo que yo hurto, ¿por qué?

Salen don JUAN, don LUIS y don MANUEL

JUAN: ¿De qué das voces?
LUIS: ¿Qué
tienes?
MANUEL: ¿Qué te ha sucedido? Habla.
COSME: Lindo desenfado es ése si tienes por
inquilino, señor, en tu casa un duende. ¿Para qué
nos recibiste en ella? Un instante breve que falté de
aquí, la ropa de tal modo y de tal suerte hallé que
toda esparcida una almoneda parece.
JUAN: ¿Falta algo?
COSME: No falta nada, el dinero solamente que
en esta bolsa tenía que era mío, me convierte en

carbones.
LUIS: Sí, ya entiendo.
MANUEL: ¡Qué necia burla previene! ¡Qué fría
y qué sin donaire.
JUAN: ¡Qué mala y qué impertinente!
COSME: ¡No es burla ésta, vive Dios!
MANUEL: Calla, que estás como sueles.
COSME: Es verdad; mas suelo estar en mi juicio algunas veces.
JUAN: Quedaos con Dios y acostaos, don
Manuel, sin que os desvele el duende de la posada,
y aconsejalde que intente otras burlas al crïado.

Vase

LUIS: No en vano sois tan valiente como
sois, si habéis de andar desnuda la espada siempre
saliendo de los disgustos en que este loco os pusie-
re.

Vase

MANUEL: ¿Ves cuál me tratan por ti?
Todos por loco me tienen porque te sufro. A
cualquiera parte que voy me suceden mil desaires
por tu causa.
COSME: Ya estás solo y no he de hacerte burla
mano a mano yo porque solo en tercio puede tirarse
uno con su padre.
Dos mil demonios me lleven si no es verdad
que salí y esto, fuese quien se fuese, hizo este es-
trago.
MANUEL: ¿Con eso ahora disculparte quieres de la necedad?
Recoge esto que esparcido tienes y
entra a acostarme.
COSME: Señor, en una galera reme...
MANUEL: Calla, calla o ¡vive Dios, que la ca-
beza te quiebre.
COSME: Pesaráme con extremo que lo tal me
sucediese.
Ahora bien, va de envasar otra vez los ad-
herentes de mis maletas. ¡Oh, cielos, quien en la
trompeta tuviese del juicio de las alhajas, porque a
una voz solamente viniesen todas!
MANUEL: Alumbra,
Cosme.
COSME: ¿Pues qué te sucede, señor? ¿Has
hallado acaso allá dentro alguna gente?
MANUEL: Descubrí la cama, Cosme, para
acostarme, y halléme debajo de la toalla de la cama
este billete cerrado. Y ya el sobrescrito me admira
más.
COSME: ¿A quién viene?

MANUEL: A mí, mas el modo extraño.
COSME: ¿Cómo dice?
MANUEL: Me suspende.

Lee

"Nadie me abra, porque soy de don Manuel
solamente."
COSME: Plega a Dios que no me creas por
fuerza. No le abras… ¡tente!
...sin conjurarle primero.
MANUEL: Cosme, lo que me suspende es la
novedad no el miedo; que quien admira no teme.

Lee

"Con cuidado me tiene vuestra salud, como a
quien fue la causa de su riesgo. Y así agradecida y
lastimada os suplico me aviséis de ella y os sirváis
de mí; que para lo uno y lo otro habrá ocasión, de-
jando la respuesta donde hallasteis ésta, advertido
que el secreto importa porque el día que lo sepa
alguno de los amigos, perderé yo el honor y la vida."
COSME: ¡Extraño caso!
MANUEL: ¿Que extraño?
COSME: ¿Eso no te admira?
MANUEL: No.
Antes con esto llegó a mi vida el desengaño.
COSME: ¿Cómo?
MANUEL: Bien claro se ve, que aquella dama
tapada que tan ciega y tan turbada de don Luis
huyendo fue era su dama. Supuesto,
Cosme, que no puede ser, si es soltero, su
mujer y dado por cierto esto, ¿qué dificultad tendrá
que en la casa de su amante tenga ella mano bas-
tante para entrar?
COSME: Muy bien está pensado; mas mi temor
pasa adelante. Confieso que es su dama y el suce-
so te doy por bueno, señor, pero ella, ¿cómo podía
desde la calle saber lo que había de suceder para
tener este día ya prevenido el papel?
MANUEL: Después de haberme pasado pudo
dárselo a un crïado.
COSME: Y, aún que se le diera, él, ¿cómo aquí
ha de haberle puesto?
Porque ninguno aquí entró desde que aquí
quedé yo.

MANUEL: Bien pudo ser antes esto.
COSME: Sí, mas hallar trabucadas las maletas y
la ropa y el papel escrito, topa en más.
MANUEL: Mira si cerradas estas ventanas
están.
COSME: Y con aldabas y rejas.
MANUEL: Con mayor duda me dejas y mil
sospechas me dan.
COSME: ¿De qué?
MANUEL: No sabré explicallo.
COSME: En efecto, ¿qué has de hacer?
MANUEL: Escribir y responder pretendo hasta
averiguallo, con estilo que parezca que no ha halla-
do en mi valor ni admiración ni temor; que no dudo
que se ofrezca una ocasión en que demos, viendo
que papeles hay, con quien los lleva y los trai.
COSME: ¿Y de aquesto no daremos cuenta a
los huéspedes?
MANUEL: No, porque no tengo de hacer mal
alguno a una mujer que así de mí se fió.
COSME: Luego ya ofendes a quien su galán pienses.
MANUEL: No tal, pues sin hacerla a ella mal
puedo yo proceder bien.
COSME: No señor. Más hay aquí de lo que a ti
te parece.
Con cada discurso crece mi sospecha.
MANUEL: ¿Cómo así?
COSME: Ves aquí que van y vienen papeles, y
que jamás, aunque lo examines más, ciertos des-
engaños tienen. ¿Qué creerás?
MANUEL: Que ingenio y arte hay para entrar y
salir para cerrar, para abrir, y que el cuarto tiene
parte por dónde. Y en duda tal el juicio podré perder
pero no, Cosme, creer cosa sobrenatural.
COSME: ¿No hay duendes?
MANUEL: Nadie los vio.
COSME: ¿Familiares?
MANUEL: Son quimeras.
COSME: ¿Brujas?
MANUEL: Menos.

COSME: ¿Hechiceras?
MANUEL: ¡Qué error!
COSME: ¿Hay sucubos?
MANUEL: No.
COSME: ¿Encantadoras?
MANUEL: Tampoco.
COSME: ¿Mágicos?
MANUEL: Es necedad.
COSME: ¿Nigromantes?
MANUEL: Liviandad.
COSME: ¿Energúmenos?
MANUEL: ¡Qué loco!
COSME: ¡Vive Dios, que te cogí! ¿Diablos?
MANUEL: Sin poder notorio.
COSME: ¿Hay almas de purgatorio?
MANUEL: ¿Que me enamoren a mí? ¿Hay
más necia bobería?
Déjame, que estás cansado.
COSME: En fin, ¿qué has determinado?
MANUEL: ¡Asistir de noche y día con cuidados
singulares!
Aquí el desengaño fundo.
No creas que hay en el mundo ni duendes ni
familiares.
COSME: Pues yo en efecto presumo que algún
demonio los trai; que esto y más habrá donde hay
quien tome tabaco en humo.
Vanse

Fin del primer acto

Acto segundo

Salen doña ÁNGELA, doña BEATRIZ e ISA-

BEL

BEATRIZ: Notables cosas me cuentas.
ÁNGELA: No te parezcan notables hasta que
sepas el fin en que quedamos.
BEATRIZ: Quedaste en que por el alacena
hasta su cuarto pasaste; que es tan difícil de verse
como fue de abrirse fácil; que le escribiste un papel
y que al otro día hallaste la respuesta.
ÁNGELA: Digo, pues, que tan cortés y galan-
te estilo no vi jamás, mezclando entre lo admirable
del suceso lo gracioso, imitando los andantes caba-
lleros a quien pasan aventuras semejantes.
El papel, Beatriz, es éste.
Holgaréme que te agrade.
Lee ÁNGELA
"Fermosa dueña, cualquier que vos seáis, la
condolida de este afanado caballero, y asaz piadosa
minoráis sus cuitas, ruego vos me queráis facer
sabidor del follón mezquino o pagano malandrín que en este encanto vos amancilla, para que segunda
vegada en vueso nombre, sano yo de las pasadas
feridas, entre en descomunal batalla; maguer que
finque en ella, que non es la vida de más pro que la
muerte tenudo a su deber un caballero. El dador de
la luz vos mampare, e a mí non olvide.
El caballero de la dama duende
BEATRIZ: Buen estilo por mi vida, y a propósi-
to el lenguaje del encanto y la aventura.
ÁNGELA: Cuando esperé que con graves ad-
miraciones viniera el papel, vi semejante desenfado,
cuyo estilo quise llevar adelante, y respondiéndole
así, pasé.

ISABEL: Detente, no pases; aquí viene don Juan tu hermano.
ÁNGELA: Vendrá muy firme y amante a agradecerse la dicha de verte, Beatriz, y hablarte en su casa.
BEATRIZ: No me pesa, si hemos de decir verdades.

Sale don Juan

JUAN: No hay mal que por bien no venga, dicen adagios vulgares y en mí se ve, pues que vienen por mis bienes vuestros males.
He sabido, Beatriz bella, que un pesar que vuestro padre con vos tuvo, a nuestra casa sin gusto y contento os trae.
Pésame que hayan de ser lisonjeros y agradables como para vos mis gustos para mí vuestros pesares.
Pues es fuerza que no sienta desdichas, que han sido parte de veros, porque hoy Amor diversos efectos hace en vos de pena y en mí de gloria, bien como el áspid de quien, si sale el veneno también la trïaca sale.
Vos seáis muy bien venida que, aunque es corto el hospedaje, bien se podrá hallar un sol en compañía de un ángel.
BEATRIZ: Pésames y parabienes tan cortesmente mezclasteis que no sé a qué responderos.
Disgustada con mi padre vengo, la culpa tuvisteis pues, aunque el galán no sabe, sabe que por el balcón hablé a noche, y mientras pase el enojo, con mi prima quiere que esté, porque hace de su virtud confïanza.
Sólo os diré, y esto baste, que los disgustos estimo porque también en mí cause Amor diversos efectos.
Bien como el sol cuando esparce bellos rayos, que una flor se marchita y otra nace.
Hiere el Amor en mi pecho y es sólo un rayo bastante a que se muera el pesar y nazca el gusto de hallarme en vuestra casa que ha sido una esfera

de diamante, hermosa envidia de un sol y capaz
dosel de un ángel.
ÁNGELA: Bien se ve que de ganancia hoy
andáis los dos amantes pues que me dais de barato
tantos favores.
JUAN: ¿No sabes, hermana, lo que he pensa-
do?
Que tú sólo por vengarte del cuidado que te
da mi huésped, cuerda buscaste huéspeda que a mí
me ponga en cuidado semejante.
ÁNGELA: Dices bien, y yo lo he hecho sólo
porque la regales.
JUAN: Yo me doy por muy contento de la venganza.
BEATRIZ: ¿Qué haces, don Juan? ¿Dónde
vas?
JUAN: Beatriz, es servirte, que dejarte sólo a
ti por ti pudiera.
ÁNGELA: Déjale ir.
JUAN: Dios os guarde.

Vase

ÁNGELA: Sí, cuidado con su huésped me dio,
y cuidado tan grande que apenas sé de mi vida y él
de la suya no sabe.
Viéndote a ti con el mismo cuidado, he de
desquitarme porque de huésped a huésped este-
mos los dos iguales.
BEATRIZ: El deseo de saber tu suceso fuera
parte solamente a no sentir su ausencia.
ÁNGELA: Por no cansarte, papeles suyos y
míos fueron y vinieron tales, los suyos digo, que
pueden admitirse y celebrarse; porque mezclando
las veras y las burlas no vi iguales discursos.
BEATRIZ: Y él, en efecto, ¿qué es a lo que se persuade?
ÁNGELA: A que debo de ser dama de don
Luis, juntando partes de haberme escondido de él y
de tener otra llave del cuarto.
BEATRIZ: Sola una cosa dificultad se me
hace.
ÁNGELA: Di cuál es.
BEATRIZ: ¿Cómo este hombre, viendo que
hay quien lleva y trae papeles, no te ha espïado y te
ha cogido en el lance?
ÁNGELA: No está eso por prevenir porque
tengo a sus umbrales un hombre yo que me avisa
de quien entra y de quien sale.
Y así no pasa Isabel hasta saber que no hay
nadie.
Que ya ha sucedido, amiga, un día entero
quedarse un crïado para verlo, y haberle salido en
balde la diligencia y cuidado.
Y porque no se me pase de la memo-

ria...Isabel, llévate aquel azafate en siendo tiempo.
BEATRIZ: Otra duda... ¿Cómo es posible que alabes de tan entendido un hombre que no ha dado
en casos tales en el secreto común de la alacena?
ÁNGELA: Ahora sabes lo del huevo de Juanelo, que los ingenios más grandes trabajaron en hacer que en un bufete de jaspe se tuviese en pie, y Juanelo con sólo llegar y darle un golpecillo, le tuvo. Las grandes dificultades hasta saberse lo son; que sabido, todo es fácil.
BEATRIZ: Otra pregunta.
ÁNGELA: Di cuál.
BEATRIZ: De tan locos disparates, ¿qué piensas sacar?
ÁNGELA: No sé.
Dijérate que mostrarme agradecida y pasar mis penas y soledades si ya no fuera más que esto; porque, necia e ignorante, he llegado a tener celos de ver que el retrato guarde de una dama. Y aún estoy dispuesta a entrar y tomarle en la primera ocasión, y no sé cómo declare; que estoy ya determinada a que me vea y me hable.
BEATRIZ: ¿Descubierta por quien eres?
ÁNGELA: ¡Jesús! ¡El cielo me guarde!
Ni él, pienso yo, que a un amigo y huésped traición tan grande hiciera. Pues a pensar que soy dama suya, hace escribirme temeroso, cortés, turbado y cobarde; y, en efecto, yo no tengo de exponerme a ese desaire.
BEATRIZ: Pues, ¿cómo ha de verte?
ÁNGELA: Escucha, y sabrás la más notable traza, sin que yo al peligro de verme en su cuarto pase y él venga sin saber dónde.
ISABEL: Pon otro hermano a la margen que viene don Luis.
ÁNGELA: Después lo sabrás.
BEATRIZ: ¡Qué desiguales son los influjos!
Que el cielo en igual mérito y partes ponga tantas diferencias, y tantas distancias halle, que con un mismo deseo uno obligue y otro canse.

Vamos de aquí, que no quiero que don Luis
llegue a hablarme.
Quiérese ir y sale don LUIS
LUIS: ¿Por qué os ausentáis así?
BEATRIZ: Sólo porque vos llegasteis.
LUIS:
La luz más hermosa y pura de quien el
sol la aprendió, ¿huye porque llego yo? ¿Soy la
noche por ventura?
Pues perdone tu hermosura si atrevido y des-
cortés en detenerte me ves; que yo en esta contin-
gencia no quiero pedir licencia porque tú no me la
des; que, estimando tu rigor no quiere la suerte mía
--que aun esto que es cortesía-- tenga nom-
bre de favor.
Ya sé que mi loco amor en tus desprecios no
alcanza un átomo de esperanza.
Pero yo, viendo tan fuerte rigor, tengo de que-
rerte por sólo tomar venganza.
Mayor gloria me darás cuando más pena me
ofrezcas; pues cuando más me aborrezcas tengo de
quererte más.
Si de esto quejosa estás, porque con sólo un
querer los dos vengamos a ser entre el placer y el
pesar extremos, aprende a amar o enseñarme a
aborrecer.
Enséñame tú rigores; yo te enseñaré finezas.
Enséñame tú asperezas; yo te enseñaré favores.
Tú desprecios y yo amores, tú olvido y yo fir-
me sé; aunque es mejor, porque dé gloria al Amor,
siendo dios, que olvides tú por los dos que yo por
los dos querré.
BEATRIZ: Tan cortesmente os quejáis que
aunque agradecer quisiera vuestras penas, no lo
hiciera sólo porque las digáis.
LUIS: Como tan mal me tratáis, el idioma del
desdén aprendí.
BEATRIZ: Pues ése es bien que digáis, que
en caso tal hará soledad le mal a quien le dice tam-
bién.

Detiénela
LUIS: Oye, si acaso te vengas y padezcamos los dos.
BEATRIZ: No he de escucharos. ¡Por Dios, amiga, que le detengas.

Vase

ÁNGELA: ¿Que tan poco valor tengas que esto quieras oír y ver?
LUIS: Ay hermana, ¿qué he de hacer?
ÁNGELA: Dar tus penas al olvido; que querer aborrecido es morir y no querer.
Vase [ÁNGELA] con ISABEL
LUIS: Quejoso, ¿cómo podré olvidarla? ¡Que es error!
Dile que me haga un favor y obligado olvidaré.
Ofendido no, porque el más prudente, el más sabio, da su sentimiento al labio.
Si olvidarse el favor suele, es porque el favor no duele de la suerte que el agravio.

Sale Rodrigo

RODRIGO: ¿De dónde vienes?
LUIS: No
sé.
RODRIGO: Triste parece que estás. ¿La causa
no me dirás?
LUIS: Con doña Beatriz hablé.
RODRIGO: No digas más, ya se ve en ti lo que
respondió.
Pero, ¿dónde está? Que yo no la he visto.
LUIS: La tirana es huéspeda de mi hermana
unos días, porque no me falte un enfado así de un
huésped; que cada día mis hermanos, a porfía, se
conjuran contra mí.
Pues cualquiera tiene aquí: uno que pesar me
dé de don Manuel, ya se ve; y de Beatriz, pues los
cielos me traen a casa mis celos porque sin ellos no
esté.
RODRIGO: Mira que don Manuel puede oírte,
que viene allí.

Sale don Manuel

MANUEL: Sólo en el mundo por mí tan gran
prodigio sucede. ¿Qué haré, cielos, con que quede
desengañado y saber de una vez si esta mujer de
don Luis dama ha sido? ¿O cómo mano ha tenido y
cautela para hacer tantos engaños?
LUIS: ¿Señor don Manuel?
MANUEL: ¿Señor don Luis?
LUIS: ¿De dónde bueno venís?
MANUEL: De palacio.
LUIS:
Grande error el mío fue en preguntar, a
quien pretensiones tiene, dónde va ni dónde viene
porque es fuerza que ha de dar cualquiera línea en
palacio como centro de su esfera.
MANUEL: Si solo a palacio fuera, estuviera
más de espacio pero mi afán inmortal mayor término ha pedido.
Su majestad ha salido esta tarde al Escorial y
en fuerza esta noche ir con mis despachos allá; que
de importancia será.
LUIS: Si ayudaros a servir puedo en algo, ya
sabéis que soy en cualquier suceso vuestro.
MANUEL: Las manos os beso por la merced
que me hacéis.
LUIS: Ved que no es lisonja esto.
MANUEL: Ya veo, que es voluntad de mi aumento.
LUIS: Así es verdad.
(porque negocies más presto.)

Aparte

MANUEL: Pero a un galán cortesano tanto
como vos, no es justo divertirle de su gusto porque
yo tengo por llano que estaréis entretenido y gran desacuerdo fuera que ausentaros pretendiera.
LUIS: Aunque hubiérades oído lo que con
Rodrigo hablaba, no respondierais así.
MANUEL: Luego, ¿bien he dicho?
LUIS: Sí, que aunque es verdad que lloraba
de una hermosura el rigor a la firme voluntad le
hace tanta soledad el desdén como el favor.
MANUEL: ¡Qué desvalido os pintáis!
LUIS: Amo una grande hermosura, sin estre-
lla y sin ventura.
MANUEL: ¿Conmigo disimuláis agora?
LUIS: ¡Pluguiera al cielo!
Mas tan infeliz nací que huye esta beldad de
mí como de la noche el velo, de la hermosa luz del
día a cuyos rayos me quemo. ¿Queréis ver con
cuanto extremo es la triste suerte mía?
Pues, porque no la siguiera, amante y celoso
yo a una persona pidió que mis pasos detuviera.
Ved si hay rigores más fieros pues todos sue-len buscar terceros para alcanzar, ¿y ella huye por
terceros?
Vase él y RODRIGO
MANUEL: ¿Qué más se ha de declarar? ¿Mu-
jer que su vista huyó y a otra persona pidió que le
llegase a estorbar?
Por mí lo dice y por ella.
Ya por lo menos vencí una duda, pues ya vi
que aunque es verdad que es aquélla, no es su

dama, porque él despreciado no viviera si en su casa la tuviera.
Ya es mi duda más crüel.
Si no es su dama ni vive en su casa, ¿cómo así escribe y responde? Aquí muere un engaño y concibe otro engaño. ¿Qué he de hacer?
Que soy en mis opiniones confusión de confusiones. ¡Válgate Dios por mujer!

Sale Cosme

COSME: Señor, ¿qué hay de dueño? ¿Acaso hasle visto por acá?
Que de saber que no está allá, me holgaré.
MANUEL: Habla paso.
COSME: Que tengo mucho que hacer en nuestro cuarto y no puedo entrar.
MANUEL: ¿Pues, qué tienes?
COSME: Miedo.
MANUEL: ¿Miedo un hombre ha de tener?
COSME: No le ha de tener, señor.
Pero ve aquí que le tiene porque al suceso conviene.
MANUEL: Deja aqueste necio humor y lleva luz, porque tengo de disponer de escribir y esta noche he de salir de Madrid.
COSME: A eso me atengo pues dices con eso aquí que tienes miedo al suceso.
MANUEL: Antes te he dicho con eso que no hago caso de ti.
Pues de otras cosas me acuerdo que son diferentes. Cuando en éstas me estás hablando, el tiempo, en efecto, pierdo.
En tanto que me despido de don Juan, ten luz.

Vase

COSME: Sí haré.
Luz al duende llevaré que es hora que sea
servido y no esté a escuras. Aquí ha de haber una
cerilla en aquella lamparilla que está murmurando
allí.
Encenderla agora puedo. ¡Oh qué prevenido
soy!
Y entre éstas y esotras voy titiritando de mie-
do.
Vase y sale ISABEL por la alacena con una

azafate cubierto

ISABEL: Fuera están, que así el crïado me lo di-
jo. Ahora es tiempo de poner este azafate de ropa
blanca en el puesto señalado. ¡Ay de mí, triste!
Que como es de noche tengo con la grande
oscuridad de mí misma asombro y miedo. ¡Válgame
Dios, que temblando estoy! El duende primero soy
que se encomienda a Dios.
No hallo el bufete. ¿Qué es esto?
Con la turbación y espanto perdí de la sala el tiento.
No sé donde estoy ni hallo la mesa. ¿Qué he
de hacer, cielos?
Si no acertase a salir y me hallasen aquí de-
ntro, dábamos con todo el caso al traste. Gran te-
mor tengo, y más agora, que abrir la puerta del
cuarto siento; y trae luz el que la abre.
Aquí dio fin el suceso que ya ni puedo escon-
derme ni volver a salir puedo.

Sale Cosme con luz

COSME: Duende mi señor, si acaso obligan los rendimientos a los duendes bien nacidos, humildemente le ruego que no se acuerde de mí en sus muchos embelecos, y esto por cuatro razones. La primera, yo me entiendo.

Va andando e ISABEL detrás de él huyendo

de que no la vea

La segunda, usted lo sabe.
La tercera, por aquello de que al buen entendedor.
La cuarta, por estos versos.
"Señor, dama duende, duélase de mí que soy niño y solo y nunca en tal me vi."
ISABEL: Ya con la luz he cobrado el tino del aposento, y él no me ha visto. Si aquí se la mato, será cierto que mientras la va a encender salir a mi cuarto puedo; que cuando sienta el rüido no me verá por lo menos y, a dos daños el menor.
COSME: ¿Qué gran músico es el miedo!
ISABEL: Esto ha de ser de esta suerte.
Dale un porrazo y mátale la luz
COSME: ¡Verbo caro fiteor Deo! ¡Que me han muerto!
ISABEL: Ahora podré escaparme.
Al querer huir ISABEL, sale don MANUEL
MANUEL: ¿Qué es aquesto?
Cosme, ¿cómo estás sin luz?
COSME: Como a los dos nos ha muerto la luz el duende de un soplo y a mí de un golpe.
MANUEL: Tu miedo te hará creer esas cosas.
COSME: Bien a mi costa las creo.
ISABEL: (¡Oh, si la puerta topase!) **Aparte**
MANUEL: ¿Quién está aquí?
Topa ISABEL con don MANUEL y él la tiene

del azafate

ISABEL: (Peor es esto;
Aparte que con el
amo he encontrado.)
MANUEL: Trae luz, Cosme, que ya tengo a
quién es.
COSME: Pues, no le sueltes.
MANUEL: No haré. Ve por ella presto.
COSME: Tenle bien.

Vase

ISABEL: (Del azafate
Aparte asió. En
sus manos le dejo.
Hallé la alacena. ¡Adiós!
Vase, y él tiene el azafate
MANUEL: Quienquiera que es, se está quedo
hasta que traigan la luz porque si no, ¡vive el cielo!, que le dé de puñaladas.
Pero sólo abrazo el viento y topo sólo una co-sa de ropa, y de poco peso. ¿Qué será? ¡Válgame
Dios! ¡Que en más confusión me ha puesto!

Sale Cosme con luz

COSME: Téngase el duende a la luz.
Pues, ¿qué es de él? ¿No estaba preso?
¿Qué se hizo? ¿Dónde está? ¿Qué es esto, señor?
MANUEL: No acierto a responder. Esta ropa
me ha dejado, y se fue huyendo.
COSME: ¿Y qué dices de este lance?
Aún bien que agora tú mesmo dijiste que le
tenías y se te fue por el viento.
MANUEL: Diré que aquesta persona, que con
arte y con ingenio entra y sale aquí, esta noche
estaba encerrada dentro, que para poder salir te
mató la luz y luego me dejó a mí el azafate y se me
ha escapado huyendo.
COSME: ¿Por dónde?
MANUEL: Por esa puerta.
COSME: Harásme que pierda el seso. ¡Vive Dios!, que yo le vi a los últimos reflejos que al pave-sa dejó de la luz que me había muerto.
MANUEL: ¿Qué forma tenía?
COSME: Era un fraile tamañito, y tenía puesto
un cucurucho tamaño que por estas señas creo que
era duende capuchino.
MANUEL: ¡Qué de cosas hace el miedo!
Alumbra aquí y lo que trujo el frailecito vere-
mos.
Ten este azafate tú.
COSME: ¿Yo? ¿Azafates del infierno?
MANUEL: Tenle pues.
COSME: Tengo las manos sucias, señor, con el
sebo de la vela, y mancharé el tafetán, que cubierto
le tiene. Mejor será que le pongas en el suelo.

MANUEL: Ropa blanca es, y un papel.
Veamos si el fraile es discreto.

Lee

"En el poco tiempo que ha que vivís en esta casa, no se ha podido hacer más ropa. Como se
fuere haciendo, se irá llevando. A lo que decís del
amigo, persuadido a que soy dama de don Luis, os
aseguro que no sólo [no] lo soy, pero que no puedo
serlo. Y esto dejo para la vista, que será presto.
Dios os guarde."
Bautizado está este duende pues de Dios se
acuerda.
COSME: ¿Veslo? ¿Cómo hay duende religioso?
MANUEL: Muy tarde es. Ve componiendo las
maletas y cojines y en una bolsa pon estos
Dale unos papeles papeles, que son el todo a que vamos, que yo intento en tanto dejar respuesta
a mi duende.
Pónelos sobre una silla y don MANUEL es-

cribe

COSME: Aquí los quiero, para que no se me olviden y estén a mano, ponerlos mientras me detengo un rato solamente a decir esto. ¿Has creído ya que hay duendes?

MANUEL: ¡Qué disparate tan necio!

COSME: ¿Esto es disparate? ¿Ves tú mismo tantos efectos como venirse a tus manos un regalo por el viento, y aún dudas? Pero bien haces si a ti te va bien con eso; mas déjame a mí que yo, que peor partido tengo, lo crea.

MANUEL: ¿De qué manera?

COSME: De esta manera lo pruebo.

Si nos revuelven la ropa, te ríes mucho de verlo, y yo soy quien la compone que no es trabajo pequeño.

Si a ti te dejan papeles y te llevan dos conceptos, a mí me dejan carbones y se llevan mi dinero.

Si traen dulces, tu te huelgas como un padre de comerlos y yo ayuno como un puto pues ni los toco ni veo.

Si a ti te dan las camisas, las valonas y pañuelos, a mí los sustos me dan de escucharlo y de saberlo.

Si, cuando los dos venimos aquí casi a un mismo tiempo, te dan a ti un azafate tan aseado y compuesto, a mí me da un mojicón en aquestos pestorejos tan descomunal y grande que me hace escupir los sesos.

Para ti sólo, señor, es el gusto y el provecho, para mí el susto y el daño; y tiene el duende en

efecto para ti mano de lana, para mí mano de hierro.
Pues, déjame que lo crea, que se apura el sufrimiento, queriendo negarle a un hombre lo que está pasando y viendo.
MANUEL: Has las maletas y vamos; que allá en el cuarto te espero de don Juan.
COSME: Pues, ¿qué hay que hacer, si allá vestido de negro has de andar, y esto se hace con tomar un herreruelo?
MANUEL: Deja cerrado y la llave lleva, que si en este tiempo hiciera falta, otra tiene don Juan. Confuso me ausento por no llevar ya sabido esto que ha de ser tan presto; pero no importa al honor de mi casa y de mi aumento, y otro solamente a un gusto, y así entre los dos extremos donde el honor es lo más, todo lo demás en menos.
Vanse. Salen doña ÁNGELA, doña BEATRIZ e

Isabel

ÁNGELA: ¿Eso te ha sucedido?
ISABEL: Ya todo el embeleco vi perdido porque si allí me viera fuerza, señora, fuera el descubrirse todo, pero en efecto me escapé del modo que te dije.
ÁNGELA: Fue extraño suceso.
BEATRIZ: Y ha de dar fuerza al engaño. ¡Sin haber visto gente ver que dé un azafate y que se ausente.
ÁNGELA: Si tras de esto consigo que me vea del modo que te digo, no dudo de que pierda el juicio.
BEATRIZ: La atención más grave y cuerda es fuerza que se espante,
Ángela, con suceso semejante.
Porque querer llamarle sin saber dónde viene y que se halle luego con una dama tan hermosa, tan rica y de tal fama sin que sepa quién es, ni dónde vive,
--que esto es lo que tu ingenio se apercibe-- y haya tapado y ciego de volver a salir y dudar luego,
¿a quién no ha de admirar?
ÁNGELA: Todo advertido está ya, y por estar tú aquí no ha sido hoy la noche primera, que ha de venir a verme.
BEATRIZ: ¿No supiera yo callar el suceso de tu amor?
ÁNGELA: Que no prima, no es por eso, sino que estando en casa tú, como a mis hermanos les abrasa tu amor, no salen de ella, adorando los rayos de tu estrella, y fuera aventurarme no au-

sentándose ellos, empeñarme.

Sale don LUIS al paño

LUIS: ¡Oh cielos! ¿Quién pudiera disimular
su afecto? ¿Quién pusiera límite al pensamiento,
freno a la voz, y ley al sentimiento?
Pero ya que conmigo tan poco puedo que es-
to no consigo, desde aquí he de ensayarme a ven-
cer mi pasión, y reportarme.

BEATRIZ: Yo diré de que suerte se podrá dis-
poner, para no hacerte mal tercio y para hallarme
aquí, porque sintiera el ausentarme sin que el efecto
viera que deseo.

ÁNGELA: Pues di, ¿de qué manera?

LUIS: ¿Qué es lo que las dos tratan que de su mismo aliento se recatan?

BEATRIZ: Las dos publicaremos que mi padre
envió por mí, y haremos la deshecha con modos
que, teniéndome ya por ida todos, vuelva a que-
darme en casa.

LUIS: ¿Qué es esto, cielos? ¡Que en mi
agravios pasa!

BEATRIZ: Y oculta con secreto sin estorbos
podré ver el efecto...

LUIS: ¿Qué es esto, cielo injusto?

BEATRIZ: ...que ha de ser para mí de tanto
gusto.

ÁNGELA: Y luego, ¿qué diremos de verte aquí
otra vez?

BEATRIZ: Pues, ¿no tendremos
--qué mal eso te admira-- ingenio para hacer
otra mentira?

LUIS: Sí, tendréis. ¿Qué esto escucho?
Con nuevas penas y tormentos lucho.

BEATRIZ: Con esto, sin testigos y en secreto de este notable amor veré el efecto, pues estando
escondida yo, y estando la casa recogida, sin
escándalo arguyo que pasar pueda de su cuarto al
tuyo.

LUIS: Bien claramente infiero
--cobarde vivo y atrevido muero-- su inten-

ción. Más dichoso mi hermano la merece. Estoy celoso.
A darle se prefiere la ocasión que desea, y así quiere que de su cuarto pase sin que nadie lo sepa, y yo me abrase.
Y porque sin testigos se logren --¡oh, enemigos!-- mintiendo mi sospecha, quiere hacer conmigo la deshecha.
Pues si esto es así, cielo, para el estorbo de su amor apelo.
Y cuando esté escondida, buscando otra ocasión, con atrevida resolución veré toda la casa hasta hallarla, que el fuego que me abrasa ya no tiene otro medio; que el estorbar es último remedio de un celoso. Valedme, santos cielos, que abrasado de amor, muero de celos.
Vase
ÁNGELA: Está bien prevenido y mañana diremos que te has ido.

Sale don Juan

JUAN: ¿Hermana, Beatriz bella?
BEATRIZ: Ya te echábamos menos.
JUAN: ¿Si mi estrella tantas dichas mejora
que me eche menos vuestro sol, señora?
De mí mismo envidioso tendré mi mismo bien
por sospechoso; que posible no ha sido que os
haya merecido mi amor ese cuidado, y así de mí
envidioso y envidiado tendré en tan dulce abismo yo
lástima, y envidia de mí mismo.
BEATRIZ: Contradecir no quiero argumento,
don Juan, tan lisonjero que quien ha dilatado tanto
el venirme a ver y me ha olvidado, ¿quién duda que
estaría bien divertido? Sí, y allí tendría envidia a su ventura y lástima, perdiendo la hermosura que tanto
le divierte.
Luego, claro se prueba de esta suerte, con
cierto silogismo, la lástima y envidia de sí mismo.
JUAN: Si no fuera ofenderme y ofenderos, in-tentara, Beatriz, satisfaceros con deciros que he
estado con don Manuel, mi huésped, ocupado, ago-
ra en su partida porque se fue esta noche.
ÁNGELA: ¡Ay de mi vida!
JUAN: ¿De qué, hermana, es el susto?
ÁNGELA: Sobresalta un placer como un dis-
gusto.
JUAN: Pésame que no sea placer cumplido el
que tu pecho vea.
Pues, volverá mañana.
ÁNGELA: (Vuelva a vivir una esperanza va-
na.) **Aparte**
Ya yo me había espantado que tan de paso

nos venía el enfado que fue siempre importuno.
JUAN: Yo no sospecho que te dé ninguno, si-
no que tú y don Luis mostráis disgusto por ser cosa
en que yo he tenido gusto.
ÁNGELA: No quiero responderte aunque ten-
go bien qué, y es por no hacerte mal juego siendo
agora tercero de tu amor, pues nadie ignora que
ejerce Amor las flores de fullero, mano a mano, mejor que con tercero.
[Aparte a ISABEL]
Vente, Isabel, conmigo que aquesta noche
misma a traer me obligo el retrato, pues puedo pa-
sar con más espacio y menos miedo.
Tenme tú prevenida una luz, y en que pueda
ir escondida, porque no ha de tener contra mi fama
quien me escribe, retrato de otra dama.

Vanse

BEATRIZ: No creo que te debo tantas finezas.
JUAN: Los quilates pruebo en su fe, porque es mucha, en un discurso.
BEATRIZ: Dile.
JUAN: Atiende, escucha.
Bella Beatriz, mi fe es tan verdadera, mi amor tan firme, mi afición tan rara, que, aunque yo no quererte deseara, contra mi mismo afecto te quisiera.
Estímate mi vida de manera que, a poder olvidarte, te olvidara porque después por elección te amara.
Fuera gusto mi amor y no ley fuera.
Quien quiere a una mujer, porque no puede olvidalla, no obliga con querella pues nada el albedrío la concede.
Yo no puede olvidarte, Beatriz bella, y siento el ver que tan ufana quede con la victoria de tu amor mi estrella.
BEATRIZ: Si la elección se debe al albedrío, y la fuerza al impulso de una estrella, voluntad más segura será aquélla que no viva sujeta a un desvarío.
Y así de tus finezas desconfío, pues mi fe, que imposible atropella, si viera a mi albedrío andar sin ella, negara, ¡vive el cielo!, que era mío.
Pues aquel breve instante que gastara en olvidar para volver a amarte sintiera que mi afecto me faltara.
Y huélgome de ver que no soy parte para olvidarte, pues que no te amara el rato que tratara de

olvidarte.
Vanse y sale don MANUEL tras COSME que

viene huyendo

MANUEL: ¡Vive Dios! Si no mirara...
COSME: Por eso miras.
MANUEL: ...que fuera infamia mía, que hiciera un desatino.
COSME: Repara en que te he servido bien, y un descuido no está en mano de un católico cristiano.
MANUEL: ¿Quién ha de sufrirte? ¿Quién? Si lo que más importó y lo que más te he encargado es lo que más se ha olvidado.
COSME: Pues por eso se olvidó, por ser lo que me importaba; que si importante no fuera, en olvidarse, ¿qué hiciera? ¡Viven los cielos! Que estaba tan cuidadoso en traer los papeles, que por eso los puse aparte, y confieso que el cuidado vino a ser el mismo que me dañó; pues si aparte no estuvieran con los demás se vinieran.
MANUEL: Harto es que se te acordó en la mitad del camino.
COSME: Un gran cuidado llevaba sin saber qué le causaba; que le juzgué a desatino, hasta que en el caso di y supe que era el cuidado el habérseme olvidado los papeles.
MANUEL: Di que allí el mozo espere teniendo las mulas, porque también llegar con ruido no es bien, despertando a quien durmiendo está ya; pues puedo entrar supuesto que llave tengo y el despacho por quien vengo sin ser sentido sacar.
COSME: Ya el mozo queda advertido; mas considera, señor, que sin luz es grande error querer hallaros, y el ruido excusarse no es posible porque si luz no nos dan, en el cuarto de don Juan, ¿cómo

hemos de ver?
MANUEL: Terrible es tu enfado. ¿Agora quieres que le alborote y le llame?
Pues, ¿no sabrás--Dime, infame, que causa
de todo eres-- por el tiento, dónde fue donde quedaron?
COSME: No es ésa la duda; que yo a la mesa
donde sé que los dejé iré a ciegas.
MANUEL: Abre presto.
COSME: Lo que a mi temor responde es que no sabré yo adonde el duende los habrá puesto, porque ¿qué cosa he dejado que haya vuelto a hallarlo
yo en la parte que quedó?
MANUEL: Si lo hubiere mudado, luz entonces
pediremos; pero hasta verlo, no es bien que alborotemos a quien buen hospedaje debemos.
Vanse y salen por la alacena doña ÁNGELA e

Isabel

ÁNGELA: Isabel, pues recogida está la casa y
es dueño de los sentidos el sueño, ladrón de la
media vida, y sé que el huésped se ha ido, robarle
el retrato quiero que vi en el lance primero.
ISABEL: Entra quedo, y no hagas ruido.
ÁNGELA: Cierra tú por allá fuera y hasta ve-
nirme a avisar no saldré yo, por no dar en más ries-
go.
ISABEL: Aquí me espera.
Vase ISABEL, cierra la alacena y salen, como
a escuras, don MANUEL y COSME
COSME: Ya está abierto.
MANUEL: Pisa quedo, que si aquí sienten ru-mor será alboroto mayor.
COSME: ¿Creerásme que tengo miedo?
Este duende bien pudiera teneros luz encen-
dida.
ÁNGELA: La luz que truje escondida, porque
de aquesta manera no se viese, es tiempo ya de
descubrir.
Ellos están apartados y ella saca una luz de

una linterna que trae cubierta

COSME: Nunca ha andado el duende tan bien mandado. ¡Qué presto la luz nos da! Considera agora aquí si te quiere bien el duende pues que para ti la enciende y la apaga para mí.
MANUEL: ¡Válgame el cielo! Ya es esto sobre natural; que traer con prisa tal luz, no es obra humana.
COSME: ¿Ves como a confesar viniste que es verdad?
MANUEL: ¡De mármol soy!
Por volverme atrás estoy.
COSME: Mortal eres. Ya temiste.
ÁNGELA: Hacia aquí la mesa veo y con papeles está.
COSME: Hacia la mesa se va.
MANUEL: ¡Vive Dios! Que dudo y creo una admiración tan nueva.
COSME: ¿Ves como nos va guiando lo que venimos buscando, sin que veamos quién la lleva?
[Doña ÁNGELA] saca la luz de la linterna, pónela en un candelero que habrá en la mesa, y toma una silla y siéntase de espadas a los dos
ÁNGELA: Pongo aquí la luz y agora la escribanía veré.
MANUEL: Aguarda, que a los reflejos de la luz todo se ve, y no vi en toda mi vida tan soberana mujer. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto? Hidras a mi parecer son los prodigios, pues de uno nacen mil. Cielos, ¿qué haré?
COSME: De espacio lo va tomando, silla arras-

tra.
MANUEL: Imagen es de la más rara beldad que el soberano pincel ha obrado.
COSME: Así es verdad porque sólo la hizo Él.
MANUEL: Mas que la luz resplandecen sus ojos.
COSME: Lo cierto es que son sus ojos luceros del cielo de Lucifer.
MANUEL: Cada cabellos es un rayo del sol.
COSME: Hurtáronlos de él.
MANUEL: Una estrella es cada rizo.
COSME: Sí será, porque también se las trujeron acá o una parte de las tres.
MANUEL: No vi más rara hermosura.
COSME: No dijeras eso, a fe, si el pie la vieras, porque estos son malditos por el pie.
MANUEL: Un asombro de belleza, un ángel hermoso es.
COSME: Es verdad, pero patudo.
MANUEL: ¿Qué es eso que querrá hacer con mis papeles?
COSME: Yo apuesto que querrá mirar y ver los que buscas, porque aquí tengamos menos que hacer; que es duende muy servicial.
MANUEL: ¡Válgame el cielo! ¿Qué haré? Nunca me he visto cobarde sino sola aquesta vez.
COSME: Yo sí, muchas.
MANUEL: Y calzado de prisión de hielo el pie, tengo el cabello erizado, y cada suspiro es para mi pecho un puñal, para mi cuello un cordel. Mas, ¿yo he de tener temor? ¡Vive el cielo! Que he de ver si sé vencer un encanto.
Llega [don MANUEL] y ásela
Ángel, demonio o mujer, a fe que no has de librarte de mis manos esta vez.
ÁNGELA: (¡Ay, infelice de mí!

Aparte

Fingida su ausencia fue. ¡Más ha sabido que
yo!)
COSME: De parte de Dios--¡aquí es
Troya del diablo--nos di...
ÁNGELA: (Mas yo disimularé.)

Aparte

COSME: ...quién eres. ¿Y qué nos quieres?
ÁNGELA: Generoso don Manuel
Enríquez, a quien está guardado un inmenso
bien, no me toques, no me llegues que llegarás a
perder la mayor dicha que el cielo te previno por
merced del hado, que te apadrina por decreto de su
ley.
Yo te escribí aquesta tarde en el último papel
que nos veríamos presto, y anteviendo aquesto fue.
Y pues cumplí mi palabra, supuesto que ya
me ves, en la más humana forma que he podido
elegir. Ve en paz, y déjame aquí, porque aún cum-
plido nos es el tiempo en que mis sucesos has de
alcanzar y saber.
Mañana los sabrás todos y mira que a nadie
des parte de esto si no quieres una gran suerte
perder.
Ve en paz.
COSME: Pues con la paz nos convida, señor,
¿qué esperamos?
MANUEL: ¡Vive Dios! ¿Qué corrido de temer vanos asombros estoy!
Y puesto que no los cree mi valor, he de apu-
rar todo el caso de una vez.
Mujer, quienquiera que seas
--que no tengo de creer que eres otra cosa
nunca-- ¡vive Dios!, que he de saber quién eres,
cómo has entrado aquí, con qué fin, y a qué.
Sin esperar a mañana esta dicha gozaré.
Si demonio, por demonio; y si mujer, por mu-
jer; que a mi esfuerzo no le da qué recelar ni temer

tu amenaza cuando fueras demonio...Aunque yo
bien sé que, teniendo cuerpo tú, demonio no puede
ser sino mujer.
COSME: Todo es uno.
ÁNGELA: No me toques, que a perder echas
una dicha.
COSME: Dice el señor diablo muy bien.
No la toques, pues no ha sido arpa, laúd ni
rabel.
MANUEL: Si eres espíritu, agora con la espada lo veré pues aunque te hiera aquí no ha de poderte ofender.
ÁNGELA: ¡Ay de mí! Detén la espada.
Sangriento el brazo detén.
Que no es bien que des la muerte a una infelice mujer.
Yo confieso que lo fui y, aunque es delito el
querer, no delito que merezca morir mal por querer
bien.
No manches, pues, no desdores con mi sangre el rosicler de ese acero.
MANUEL: Di, ¿quién eres?
ÁNGELA: Fuerza el decirlo ha de ser, porque
no puedo llevar tan al fin como pensé este amor,
este deseo, esta verdad, y esta fe.
Pero estamos a peligro, si nos oyen o nos
ven, de la muerte porque soy mucho más de lo que
ves.
Y así es fuerza, por quitar estorbos que puede haber, cerrar, señor, esa puerta y aun la del portal también porque no puedan ver luz si acaso vienen a ver quién anda aquí.
MANUEL: Alumbra, Cosme.
Cerremos las puertas. ¿Ves como es mujer y
no duende?
COSME: ¿Yo no lo dije también?

Vanse los dos

ÁNGELA: Cerrada estoy por de fuera.
Ya, cielos, fuerza ha de ser decir la verdad,
supuesto que me ha cerrado Isabel y que el huésped me ha cogido aquí.

Sale Isabel a la alacena

ISABEL: ¡Ce, señora, ce!
Tu hermano por ti pregunta.
ÁNGELA: Bien sucede. Echa el cancel de la alacena. ¡Ay, Amor, la duda se queda en pie!
Vanse y cierran la alacena y vuelva[n] a salir

don Manuel y Cosme

MANUEL: Ya están cerradas las puertas.
Proseguid, señora, haced relación. Pero,
¿qué es esto? ¿Dónde está?
COSME: Pues yo, ¿qué sé?
MANUEL: ¿Si se ha entrado en el alcoba?
Ve
adelante.
COSME: Yendo a pie es, señor, descortesía ir yo
delante.
MANUEL: Veré todo el cuarto. Suelta digo.

Tome la luz

COSME: Digo que suelto.
MANUEL: Crüel es mi suerte.
COSME: Aun bien, que agora por la puerta no se fue.
MANUEL: Pues, ¿por dónde pudo irse?
COSME: Eso no alcanzo yo. ¿Ves?
Siempre te lo he dicho yo como es diablo y no mujer.
MANUEL: ¡Vive Dios!, que he de mirar todo este cuarto, hasta ver si debajo de los cuadros rota está alguna pared, si encubren estas alfombras alguna cueva, y también la bobedillas del techo.
COSME: Solamente aquí se ve esta alacena.
MANUEL: Por ella no hay que dudar ni temer, siempre compuesta de vidrios.
A mirar lo demás ven.
COSME: Yo no soy nada mirón.
MANUEL: Pues no tengo de creer que es fantástica su forma, puesto que llego a temer la muerte.
COSME: También llegó a adivinar y saber que a sólo verla esta noche habíamos de volver.
MANUEL: Como sombra se mostró, fantástica su luz fue.
Pero como cosa humana se dejó tocar y ver.
Como mortal se temió, receló como mujer,
como ilusión se deshizo, como fantasma se fue.
Si doy la rienda al discurso, no sé, vive Dios,
no sé ni qué tengo de dudar ni qué tengo de creer.
COSME: Yo sí.
MANUEL: ¿Qué?

COSME: Que es mujer diablo.
Pues que novedad no es, pues la mujer es
demonio todo el año, que una vez por desquitarse
de tantas sea el demonio mujer.
Vanse

Fin de la segunda jornada

Tercera jornada

Sale don MANUEL como a escuras, guiándole

Isabel

ISABEL: Espérame en esta sala, luego saldrá a verte aquí mi señora.

Vase como cerrando

MANUEL: No está mala la tramoya. ¿Cerró?
Sí. ¿Qué pena a mi pena iguala?
Yo volví del Escorial y este encanto peregri-
no, este pasmo celestial, que a traerme la luz vino y
me deja en duda igual, me tiene escrito un papel
diciendo muy tierna en él,
"Si vos atrevéis a venir a verme, habéis de
salir esta noche, con aquel criado que os acompa-
ña.
Dos hombres esperarán en el cementerio--
¡extraña parte!--de San Sebastián, y una silla." Y no me engaña.
En ella entré y discurrí hasta que el tino perdí
y, al fin, a un portal de horror lleno de sombra y
temor, solo y a escuras salí.
Aquí llegó una mujer
--al oír y al parecer-- y a escuras y por el tien-
to de aposento en aposento sin oír, hablar, ni ver,
me guió. Pero ya veo luz, por el resquicio es de una
puerta. Tu deseo lograste, Amor, pues ya ves la
dama. Aventuras leo.
Acecha ¡Qué casa tan alhajada! ¡Qué mujeres tan lucidas! ¡Qué sala tan adornada! ¡Qué damas
tan bien prendidas! ¡Qué beldad tan extremada!
***Salen todas las mujeres con toallas, conser-
vas y agua y, haciendo reverencias todas, salen
doña Angela [y doña BEATRIZ] ricamente vesti-
da[s]***
ÁNGELA: Pues presumen que eres ida a tu
casa mis hermanos, quedándote aquí escondida,
los recelos serán vanos porque una vez recogida,
ya no habrá que temer nada.

BEATRIZ: ¿Y qué ha de ser mi papel?
ÁNGELA: Agora el de mi crïada, luego el de
ver retirada lo que pasa con él.
[A don MANUEL] ¿Estaréis muy disgustado de esperarme?
MANUEL: No, señora, que quien espera al aurora, bien sabe que su cuidado en la sombras sepul-
tado de la noche oscura y fría ha de tener; y así
hacía gusto el pesar que pasaba pues cuanto más
se alargaba, tanto más llamaba al día.
Si bien no era menester pasar noche tan os-
cura si el sol de vuestra hermosura me había de
amanecer; que, para resplandecer, vos soberano
arrebol, la sombra ni el tornasol de la noche no os
había de estorbar, que sois el día que amanece sin
el sol.
Huye la noche, señora, y pasa a la dulce sal-
va el alba; que ilumina mas no dora después el al-
ba. La aurora, de rayos y luz escasa, dora más no
abrasa. Pasa la aurora, y tras su arrebol pasa el sol, y sólo el sol dora, ilumina y abrasa.
El alba para brillar quiso a la noche seguir.
La aurora para lucir al alba quiso imitar.
El sol, deidad singular, a la aurora desafía.
Vos al sol. Luego, la fría noche no era menes-
ter si podéis amanecer sol del sol después del día.
ÁNGELA: Aunque agradecer debiera discurso tan cortesano, quejarme quiero, no en vano, de
ofensa tan lisonjera.
Pues, no siendo ésta la esfera a cuyo noble
ardimiento fatigas padece el viento sino un albergue
piadoso, os viene a hacer sospechoso el mismo
encarecimiento.
No soy alba, pues la risa me falta en contento
tanto, ni aurora, pues que mi llanto de mi dolor nos
avisa.
No soy sol, pues no divisa mi luz la verdad
que adoro, y así lo que soy ignoro; que sólo sé que
no soy alba, aurora o sol, pues hoy ni alumbro, río,
ni lloro.
Y así os ruego que digáis, señor don Manuel,

de mí que una mujer soy, y fui a quien vos sólo
obligáis al extremo que miráis.
MANUEL: Muy poco debe de ser pues, aunque me llego a ver aquí, os pudiera argüir que tengo
más que sentir, señora, que agradecer.
Y así me doy por sentido.
ÁNGELA: ¿Vos de mí sentido?
MANUEL: Sí, pues que no fiáis de mí quién sois.
ÁNGELA: Solamente os pido que eso no
mandéis, que ha sido imposible de contar.
Si queréis venirme a hablar, con condición ha
de ser que no lo habéis de saber ni lo habéis de
preguntar; porque para con vos hoy una enigma a
ser me ofrezco; que ni soy lo que parezco ni parezco lo que soy.
Mientras encubierta estoy podréis verme y
podré veros; porque si a satisfaceros llegáis y quién
soy sabéis, vos quererme no querréis aunque yo
quiera quereros.
Pincel, que lo muerto informa, tal vez un cuadro previene que una forma a una luz tiene y a otra
luz tiene otra forma.
Amor, que es pintor, conforma dos luces que
en mí tenéis.
Si hoy aquesta luz me veis y por eso me estimáis cuando a otra luz me veáis, quizá me aborreceréis.
Lo que deciros me importa es en cuanto haber creído que de don Luis dama he sido, y esta
sospecha reporta mi juramento y la acorta.
MANUEL: Pues. ¿qué, señora, os moviera a
encubriros de él?
ÁNGELA: Pudiera ser tan principal mujer que
tuviera qué perder si don Luis me conociera.
MANUEL: Pues, decidme solamente, ¿cómo a
mi casa pasáis?
ÁNGELA: Ni eso es tiempo que sepáis que es
el mismo inconveniente.
BEATRIZ: (Aquí entro yo lindamente.)

Aparte

Ya el agua y dulce está aquí.
Vuestra excelencia mire si...
Lleguen todas con toallas, vidrio y algunas

cajas

ÁNGELA: ¡Qué error y qué impertinencia!
Necia, ¿quién es excelencia? ¿Quieres engañar así al señor don Manuel para que con eso crea que yo gran señora sea?
BEATRIZ: Advierte...
MANUEL: (De mi crüel
Aparte duda salí
con aquel descuido. Agora he creído que una gran señora ha sido que por serlo se encubrió y que con el oro vio su secreto conseguido.)
Llama dentro don JUAN, y túrbanse todas
JUAN: Abre aquí. Abre esta puerta.
ÁNGELA: ¡Ay, cielos! ¿Qué ruido es éste?
ISABEL: ¡Yo soy muerta!
BEATRIZ: ¡Helada estoy!
MANUEL: ¿Aún no cesan mis crüeles fortunas? ¡Válgame el cielo!
ÁNGELA: Señor, mi esposo es aquéste.
MANUEL: ¿Qué he de hacer?
ÁNGELA: Fuerza es que os vais a esconderos a un retrete.
Isabel, llévale tú hasta que oculto le dejes en aquel cuarto que sabes apartado. ¿Ya me entiendes?
ISABEL: Vamos presto.
Vase
JUAN: ¿No acabáis de abrir la puerta?
MANUEL: ¡Valedme, cielos, que vida y honor van jugadas a una fuerte!

Vase

JUAN: La puerta echaré en el suelo.
ÁNGELA: Retírate tú, pues puedes, en esa
cuadra, Beatriz.
No te hallen aquí.
Vase BEATRIZ. Sale don JUAN ¿Qué quieres a estas horas en mi cuarto que así a alborotarnos
vienes?
JUAN: Respóndeme tú primero.
Angela, ¿qué traje es ése?
ÁNGELA: De mis penas y tristezas es causa
el mirarme siempre llena de luto, y vestirme, por ver
si hay con que me alegre, estas galas.
JUAN: No lo dudo; que tristezas de mujeres
bien con galas se remedian, bien con joyas conva-
lecen, si bien me parece que es un cuidado imperti-
nente.
ÁNGELA: ¿Qué importa que así me vista donde nadie llegue a verme?
JUAN: Dime, ¿volvióse Beatriz a su casa?
ÁNGELA: Cuerdamente.
Su padre, por mejor medio en paz su enojo
convierte.
JUAN: Yo no quise saber más para ir a ver si
pudiese verla y hablarla esta noche.
Quédate con Dios, y advierte que ya no es
tuyo ese traje.

Vase

ÁNGELA: Vaya Dios contigo, y vete.

Sale Beatriz

Cierra esa puerta, Beatriz.
BEATRIZ: Bien hemos salido de este susto. A buscarme tu hermano va.
ÁNGELA: Ya, hasta que se sosiegue más la casa y don Manuel vuelva de su cuarto a verme, para ser menos sentidas entremos a este retrete.
BEATRIZ: Si esto te sucede bien te llaman la dama duende.
Vanse. Salen por el alacena don MANUEL e

ISABEL

ISABEL: Aquí has de quedarte, y mira que no
hagas ruido, que pueden sentirte.
MANUEL: Un mármol seré.
ISABEL: (Quieran los cielos que acierte
Aparte a cerrar; que estoy turbada.)
Vase [cerrando el alacena detrás]
MANUEL: Oh, ¿a cuánto, cielos, se atreve
quien se atreve a entrar en parte donde ni alcanza.
ni entiende, que daños se le aperciben, que riesgos
se le previenen?
Venme aquí a mí en una casa que dueño tan
notable tiene, ¡de excelencia por lo menos!, lleno de
asombros crüeles, y tan lejos de la mía.
Pero, ¿qué es esto? Parece que a esta parte
alguna puerta abren. Sí, y ha entrado gente.

Sale Cosme

COSME: Gracias a Dios, que esta noche entrar podré libremente en mi aposento sin miedo, aunque
sin luz salga y entre.
Porque el duende, mi señor, puesto que a mi
amo tiene, ¿para qué me quiere a mí?
Pero para algo me quiere.
Topa con don MANUEL ¿Quién va? ¿Quién
es?
MANUEL: Calle, digo. ¿Quién quiera que es, si
no quiere que le mate a puñaladas?
COSME: No hablaré más que un pariente pobre
en la casa del rico.
MANUEL: (Crïado sin duda es éste
Aparte que a caso ha entrado hasta aquí.
De él informarme conviene dónde estoy.) Di,
¿qué casa es ésta) ¿Y qué dueño tiene?
COSME: Señor, el dueño y la casa son el diablo
que me lleve, porque aquí vive una dama que llaman la dama duende que es un demonio en figura
de mujer.
MANUEL: Y tú, ¿quién eres?
COSME: Soy un fámulo o crïado.
Soy un súbdito, un sirviente, que sin qué ni
para qué estos encantos padece.
MANUEL: ¿Y quién es tu amo?
COSME: Es un loco, un impertinente. un tonto,
un simple, un menguado, que por tal dama se pierde.
MANUEL: ¿Y es su nombre?
COSME: Don Manuel
Enríquez.

MANUEL: ¡Jesús, mil veces!
COSME: Yo, Cosme Catiboratos me llamo.
MANUEL: Cosme, ¿tú eres?
Pues, ¿Cómo has entrado aquí?
Tu señor soy. Dime, ¿vienes siguiéndome
tras la silla? ¿Entraste tras mí a esconderte también
en este aposento?
COSME: Lindo desenfado es ése.
Dime, ¿cómo estás aquí? ¿No te fuiste muy
valiente solo donde te esperaban?
Pues, ¿cómo tan presto vuelves? ¿Y cómo, en fin, has entrado aquí trayendo yo siempre la llave
de aqueste cuarto?
MANUEL: Pues dime, ¿qué cuarto es éste?
COSME: El tuyo o el del demonio.
MANUEL: ¡Viven los cielos que mientes!
Porque lejos de mi casa y en casa bien diferente estaba en aqueste instante.
COSME: Pues cosas serán del duende sin duda, porque te he dicho la verdad pura.
MANUEL: ¿Tú quieres que pierda el juicio?
COSME: ¿Hay más de desengañarte. Vete por
esa puerta y saldrás al portal adonde puedes desengañarte.
MANUEL: Bien dices.
Iré a examinarle y verle.

Vase

COSME: Señores, ¿cuándo saldremos de tanto embuste aparente?

Sale Isabel por la alacena

ISABEL: (Volvióse a salir don Juan **Aparte** y
porque a saber no llegue don Manuel adónde está,
sacarle de aquí conviene.) ¡Ce, señor, ce!
COSME: ¡Esto es peor! ¡Ceáticas son estas ce-
es!
ISABEL: Ya mi señor recogido queda.
COSME: (¿Qué señor es éste?)
Aparte

Sale don MANUEL

MANUEL: Éste es mi cuarto en efecto.
ISABEL: ¿Eres tú?
COSME: Sí, soy yo.
ISABEL: Vente conmigo.
MANUEL: Tú dices bien.
ISABEL: No hay qué temer, nada esperes.
COSME: Señor, ¡que el duende me lleva!
Llévale [a COSME] ISABEL
MANUEL: ¿No sabremos finalmente de donde nace este engaño? ¿No respondes? ¿Qué necio eres! ¿Cosme? ¿Cosme? ¡Vive el cielo que toco con las paredes! ¿Yo no hablaba aquí con él? ¿Dónde se desaparece tan presto? ¿No estaba aquí? Yo he de perder dignamente el juicio. Mas, pues es fuerza, que aquí otro cualquiera entre, he de averiguar por dónde; porque tengo de esconderme hasta averiguar quién es esta hermosa dama duende.
Vase y salen todas las mujeres, una con luces, y otra con algunas cajas, y otra con un vi-

drio de agua

ÁNGELA: Pues, a buscarte ha salido mi hermano, y pues Isabel a su mismo cuarto ha ido a traer a don Manuel, esté todo apercibido. Halle, cuando llegue aquí, la colación prevenida.
Todas le esperad así.
BEATRIZ: No he visto en toda mi vida igual cuento.
ÁNGELA: ¿Viene?
CRIADA: Sí, que ya siento sus pisadas.
Sale ISABEL trayendo a COSME de la mano
COSME: (Triste de mí, ¿dónde voy?

Aparte

Ya estas son burlas pesadas; mas no, pues
mirando estoy bellezas tan extremadas. ¿Yo soy
Cosme o Amadís? ¿Soy Cosmico o Belianís?)
ISABEL: Ya viene aquí. ¿Mas qué veo? ¿Se-
ñor?
COSME: (Ya mi engaño creo

Aparte

pues tengo el alma en un tris.)
ÁNGELA: ¿Qué es esto, Isabel?
ISABEL: Señora, donde a don Manuel dejé volviendo por él agora a su crïado encontré.
BEATRIZ: Mal tu descuido se dora.
ISABEL: Está sin luz.
ÁNGELA: ¡Ay de mí!
Todo está ya declarado.
BEATRIZ: Más vale engañarle así. ¿Cosme?
COSME: ¿Damiana?
BEATRIZ: A este lado llegad.
COSME: Bien estoy aquí.
ÁNGELA: Llegad, no tengáis temor.
COSME: ¿Un hombre de mi valor, temor?
ÁNGELA: Pues, ¿qué es no llegar?
[COSME habla] aparte y lléguese a ellas
COSME: Ya no se puede excusar.
En llegando al pundonor, respeto no puede ser sin ser espanto ni miedo, porque al mismo Lucifer temerle muy poco puedo.
En hábito de mujer, alguna vez lo intentó y, para el ardid que fragua, cota enagua se vistió, que esto de cotilla enagua el demonio lo inventó, en forma de una doncella aseada, rica y bella a un pastor se apareció y él, así como la vio, se encendió en amores de ella.
Gozó a la diabla, y después con su forma horrible y fea le dijo a voces, "¿No ves, mísero de ti, cuál sea desde el copete a los pies la hermosura que has amado?
Desespera, pues has sido agresor de tal pe-

cado."
Y él, menos arrepentido que antes de haberla gozado, le dijo, "Si pretendiste, oh sombra fingida y vana, que desesperase un triste, vente por acá mañana en la forma que trujiste.
Verásme amante y cortés, no menos que antes, después, y aguardarte en testimonio de que aún horrible no es en traje de hembra un demonio."
ÁNGELA: Volved en vos y tomad una conserva y bebed; que los sustos causan sed.
COSME: Yo no la tengo.
BEATRIZ: Llegad, que habéis de volver, mirad, doscientas leguas de aquí.
COSME: Cielos, ¿qué oigo?
ÁNGELA: ¿Llaman?
BEATRIZ: Sí.
ISABEL: ¿Hay tormento más crüel?
ÁNGELA: ¿Ay de mí triste!
[Habla] dentro [don] LUIS
LUIS: ¿Isabel?
BEATRIZ: ¡Válgame el cielo!
LUIS: Abre aquí.
ÁNGELA: ¡Para cada susto tengo un hermano!
ISABEL: ¡Trance fuerte!
BEATRIZ: Yo me escondo.

Vase

COSME: Éste, sin duda, es el verdadero duende.

ISABEL: Vente conmigo.

COSME: Sí, haré.

Vanse. Sale don Luis

ÁNGELA: ¿Qué es lo que en mi cuarto quie-
res?
LUIS: Pesares míos me traen a estorbar
otros placeres.
Vi ya tarde en ese cuarto una silla, donde
vuelve
Beatriz. Y vi que mi hermano entró.
ÁNGELA: Y en fin, ¿qué pretendes?
LUIS: Como pisa sobre el mío, me pareció que había gente, y para desengañarme sólo he de
mirarle y verle.
Alza una antepuerta y topa con BEATRIZ
¡Beatriz! ¿Aquí estás?
BEATRIZ: Aquí estoy, que hube de volverme
porque al disgusto volvió mi padre, enojado siem-
pre.
LUIS: Turbadas estáis las dos. ¿Qué notable
estrago es éste de platos, dulces y vidrios?
ÁNGELA: ¿Para qué informarte quieres de lo
que en estando a solas se entretienen las mujeres?
Hacen ruido en la alacena ISABEL y COSME
LUIS: ¿Y aquel ruido, qué es?
ÁNGELA: (Yo muero.)

Aparte

LUIS: ¡Vive Dios, que allí anda gente!
Ya no puede ser mi hermano quien se guarda
de esta suerte.
Aparta la alacena para entrar con luz ¡Ay de mí, cielos piadosos!
Que queriendo neciamente estorbar aquí los celos que amor en mi pecho enciende, celos de
honor averiguo.
Luz tomaré, aunque imprudente, pues todo se
halla con luz y el honor con luz se pierde.

Vase

ÁNGELA: ¡Ay, Beatriz, perdidas somos si le topa.
BEATRIZ: Si le tiene en su cuarto ya, Isabel, en vano dudas y temes pues te asegura el secreto de la alacena.
ÁNGELA: ¿Y si fuese tal mi desdicha que allí con la turbación no hubiese cerrado bien Isabel y él entrase allá?
BEATRIZ: Ponerte en salvo será importante.
ÁNGELA: De tu padre iré a valerme como él se valió de mí, porque, trocada la suerte, si a ti te trujo un pesar a mí otro pesar me lleve.
Vanse. Salen por el alacena ISABEL y COSME, y por otra parte don MANUEL
ISABEL: Entra presto.
Vase [ISABEL]
MANUEL: Ya otra vez en la cuadra siento gente.

Sale don Luis con luz

LUIS: Yo vi un hombre, ¡vive Dios!
COSME: Malo es esto.
LUIS: ¿Cómo tienen desvïada esta alacena?
COSME: Ya se ve luz. Un bufete que he topado aquí me valga.
Escóndese
MANUEL: Esto ha de ser de esta suerte.

Echa mano

LUIS: ¿Don Manuel?
MANUEL: ¿Don Luis? ¿Qué es esto? ¿Quién
vio confusión más fuerte?
COSME: Oigan por donde se entró.
Decirlo quise mil veces.
LUIS: ¡Mal caballero, villano, traidor, femen-
tido huésped, que al honor de quien te estima te
ampara, te favorece, sin recato te aventuras y sin decoro te atreves! ¡Esgrime ese infame acero!
MANUEL: Sólo para defenderme le esgrimiré,
tan confuso de oírte, escucharte y verte, de oírme,
verme y escucharme; que aunque a matarme te
ofreces, no podrás, porque mi vida, hecha a prueba
de crüeles fortunas, es inmortal.
Ni podrás aunque lo intentes, darme la muer-
te, supuesto que el dolor no me da muerte que,
aunque eres valiente tú, es el dolor más valiente.
LUIS: No con razones me venzas sin con
obras.
MANUEL: Detente.
Sólo hasta pensar si puedo, don Luis, satisfa-
certe.
LUIS: ¿Qué satisfacciones hay si así agra-
viarme pretendes?
Si en el cuarto de esta fiera, por ese cuarto
que tienes entras, ¿hay satisfacciones a tanto agra-
vio?
MANUEL: Mil veces rompa esa espada mi pecho, don Luis, si eternamente supe de esta puerta o
supe que paso a otro cuarto tiene.
LUIS: Pues, ¿qué haces aquí encerrado sin

luz?
MANUEL: ¿Qué he de responderle?
Un crïado espero.
LUIS: Cuando yo te he visto esconder,
¿quieres que mientan mis ojos?
MANUEL: Sí, que ellos engaños padecen más
que otro sentido.
LUIS: Y cuando los ojos mientan, ¿pretendes
que también mienta el oído?
MANUEL: También.
LUIS:
¿Todos al fin mienten? ¿Tú solo dices
verdad? ¡Y eres tú solo el que...!
MANUEL: Tente.
Porque aún antes que lo digas que lo imagi-
nes y pienses, te habré quitado la vida.
Y ya arrestada la suerte primero soy yo. Per-
donen de amistad honrosas leyes.
Y pues ya es fuerza reñir, riñamos como se debe.
Parte entre los dos la luz que nos alumbre
igualmente.
Cierra después esa puerta por donde entraste
imprudente, mientras que yo cierro esta otra, y ago-
ra en el suelo se eche la llave para que salga el que
con la vida quede.
LUIS: Yo cerraré la alacena por aquí con un
bufete porque no puedan abrirla por allá cuando lo
intenten.

Topa con Cosme

COSME: Descubrióse la tramoya.
LUIS: ¿Quién está aquí?
MANUEL: (Dura suerte
Aparte es la mía.)
COSME: No está nadie.
LUIS: Dime, don Manuel, ¿es éste el crïado
que esperabas?
MANUEL: Ya no es tiempo de hablar éste.
Yo sé que tengo razón.
Creed de mí lo quisiereis que con la espada
en la mano sólo ha de vivir quien vence.
COSME: ¡Ea, pues, reñid los dos! ¿Qué esperáis?
MANUEL: Mucho me ofendes.
Si eso presumes de mí, pensando estoy que
ha de hacerle del crïado. Porque echarle es enviar
quien lo cuente y tenerle aquí ventaja pues es cierto
ha de ponerse a mi lado.
COSME: No haré tal si es ése el inconveniente.
LUIS: Puerta tiene aquesa alcoba y como en
ella se cierre, quedaremos más iguales.
MANUEL: Dices bien. Entra a esconderte.
COSME: Para que yo riña, haced diligencias tan
urgentes; que para que yo no riña cuidado excusado es ése.

Vase

MANUEL: Ya estamos solos [los] dos.
Riñen
LUIS: Pues nuestro duelo comience.
MANUEL: No vi más templado pulso.
Desguarnécese la espada [de don LUIS]
LUIS: No vi pujanza más fuerte.
Sin armas estoy. Mi espada se desarma y
desguarnece.
MANUEL: No es defecto de valor; de la Fortuna accidente sí. Busca otra espada, pues.
LUIS: Eres cortés y valiente.
(Fortuna, ¿qué debo hacer
Aparte en
una ocasión tan fuerte pues cuando el honor me quita, me da la vida y me vence?
Yo he de buscar ocasión verdadera o aparente para que pueda en tal duda pensar lo que debe hacerse.)
MANUEL: ¿No vas por la espada?
LUIS: Sí, y como a que venga, esperes.
Presto volveré con ella.
MANUEL: Presto o tarde, aquí estoy siempre.
LUIS: Adiós, don Manuel, que os guarde.

Vase

MANUEL: Adiós, que con bien os lleve.
Cierro la puerta y la llave quito porque no se eche de ver que está gente aquí. ¡Qué confusos pareceres mi pensamiento combaten y mi discurso revuelven! ¡Que bien predije que había puerta que paso la hiciese y que era de don Luis dama! Todo en efecto sucede como yo lo imaginé. ¿Mas, cuándo desdichas mienten?
Asómase COSME en lo alto
COSME: ¡Ah, señor, por vida tuya!
Que lo que solo estuvieres, me eches allá, porque temo que venga a buscarme el duende con sus dares y tomares, con sus dimes y diretes, en un retrete que apenas se divisan las paredes.
MANUEL: Yo te abriré, porque estoy tan rendido a los desdenes del discurso que no hay cosa que más me atormente.
Vanse, y salen don JUAN y doña ÁNGELA

con manto y sin chapines

JUAN: Aquí quedarás en tanto que me informe y me aconseje de la causa que a estas horas te
ha sacado de esta suerte de casa, porque no quiero
que en tu cuarto, ingrata, entre por informarme sin ti de lo que a ti te sucede.
(De don Manuel en el cuarto
Aparte la
dejo y, por si él viniere, pondré a la puerta un crïado que le diga que no entre.

Vase

ÁNGELA: ¡Ay, infelice de mí!
Unas a otras suceden mis desdichas. ¡Muerta soy!

Salen don Manuel y Cosme

COSME: Salgamos presto.
MANUEL: ¿Qué temes?
COSME: Que es demonio esta mujer y que aun
allí no me deje.
MANUEL: Si ya sabemos quién es, y en una
puerta un bufete y en otra la llave está, ¿por dónde
quieres que entre?
COSME: Por donde se le antojare.
MANUEL: Necio estás.
COSME: ¡Jesús mil veces!
MANUEL: ¿Por qué es eso?
COSME: El ***verbi gratia*** encaja aquí lindamente.
MANUEL: ¿Eres ilusión o sombra, mujer, que
a matarme vienes?
Pues, ¿cómo has entrado aquí?
ÁNGELA: ¡Don Manuel!
MANUEL: Di.
ÁNGELA: Escucha, atiende:
Llamó don Luis turbado, entró atrevido, re-
portóse osado, previnose prudente, pensó discreto
y resistió valiente.
Miró la casa, ciego, recorrióla advertido, halló-
te, y luego ruido de cuchilladas.
Habló, siendo las lenguas las espadas.
Yo, viendo que era fuerza que dos hombres
cerrados, a quien fuerza su valor y su agravio, re-
tórico el acero, mudo el labio, no acaban de otra
suerte que con sólo una vida y una muerte, sin ser
vida ni alma mi casa dejo, y a la oscura calma de la tiniebla fría,
pálida imagen de la dicha mía a cami-nar empiezo.
Aquí yerro, aquí caigo, aquí tropiezo, y torpes

mis sentidos prisión hallan de seda mis vestidos.
Sola, triste y turbada llego de mi discurso mal
guïada al umbral de una esfera que fue mi cárcel,
cuando ser debiera mi puerto y mi sagrado.
Mas, ¿dónde le ha de hallar un desdichado?
Estaba a sus umbrales, como eslabona el cie-
lo nuestros males, don Juan, don Juan mi hermano.
Que ya resisto, ya defiendo en vano decir
quién soy, supuesto que el haberlo callado nos ha
puesto en riesgo tan extraño. ¿Quién creerá que el
callar me ha hecho daño siendo mujer? Y es cierto,
siendo mujer, que por callarme he muerto.
En fin, él esperando a esta puerta estaba--¡ay
cielo!--cuando yo a sus umbrales llego hecha volcán
de nieve, alpe de fuego.
Él a la luz escasa, con que la luna mansa-
mente abrasa, vio brillar los adornos de mi pecho.
No es la primer traición que nos han hecho.
Pensó que era su dama y llegó mariposa de su llama para abrasarse en ella y hallóme a mí por
sombra de su estrella. ¿Quién de un galán creyera
que buscando sus celos conociera, tan contrarios
los cielos, que ya se contentara con sus celos?
Quiso hablarme y no pudo, que siempre ha
sido el sentimiento mudo,
En fin, en tristes voces que mal formadas
anegó, veloces desde la lengua al labio la causa
solicita de su agravio.
Yo responderle intento
--ya he dicho como es mudo el sentimiento--
y, aunque quise no pude, que mal al miedo la razón
acude.
Sí, bien busqué colores a mi culpa mas cuan-
do anda a buscarse la disculpa o tarde o nunca
llega; mas el delito afirma que le niega.
"Ven," dijo, "hermana fiera, de nuestro anti-guo honor mancha primera, dejaréte encerrada
donde segura estés y retirada hasta que cuerdo y
sabio de la ocasión me informe de mi agravio."
Entré donde los cielos mejoraron con verte

mis desvelos.
Por haberte querido fingida sombra de mi ca-sa he sido.
Por haberte estimado sepulcro vivo fui de mi
cuidado, porque no te quisiera quien el respeto a tu
valor perdiera, porque no se estimara quien su trai-
ción dijera cara a cara.
Mi intento fue el quererte, mi fin amarte, mi
temor perderte, mi miedo asegurarte, mi vida obe-
decerte, mi alma amarte, mi deseo servirte, y mi
llanto, en efecto, persuadirte que mi daño repares,
que me valgas, me ayudes y me ampares.
MANUEL: (Hidras parecen las desdichas mías
Aparte al renacer de sus cenizas frías. ¿Qué
haré en tan ciego abismo, humano laberinto de mí
mismo?
Hermana es de don Luis cuando creía que
era dama. Si tanto, ¡ay Dios!, sentía ofendelle en el
gusto, ¿qué será en el honor? Tormento justo, su
hermana es. Si pretendo librarla y con mi sangre la
defiendo, remitiendo a mi acero su disculpa, es ya
mayor mi culpa, pues es decir que he sido traidor y
que a su casa he ofendido pues en ella me halla.
Pues querer disculparme con culpalla es decir
que ella tiene la culpa y a mi honor no le conviene.
Pues, ¿qué es lo que pretendo?
Si es hacerme traidor, si la defiendo; si la de-
jo, villano; si la guardo, mal huésped inhumano; si a
su hermano la entrego, soy mal amigo; si aguardar-
la llego, ingrato; si la libro, a un noble trato; y si la dejo, a un noble amor ingrato.
Pues de cualquier manera mal puesto he de
quedar, matando muera.)
No receles, señora, noble soy, y conmigo
estás agora.
COSME: La puerta abren.
MANUEL: Nada temas, pues que mi valor te
guarda.
ÁNGELA: Mi hermano es.
MANUEL: Segura estás.
Ponte luego a mis espaldas.

Sale don Luis

LUIS: Ya vuelvo. Pero, ¿qué miro? ¡Traidora
Amenázala
MANUEL: Tened la espada, señor don Luis, yo os he estado esperando en esta sala desde que
os fuisteis y aquí, sin saber cómo, esta dama entró
que es hermana vuestra, según dice, que palabra
os doy como caballero que no la conozco. Y basta
decir que engañado pude, sin saber a quien, hablarla.
Yo la he de poner en salvo a riesgo de vida y
alma.
De suerte que nuestro duelo, que había a
puerta cerrada de acabarle entre los dos, a ser
escándalo pasa.
En habiéndola librado, yo volveré a la demanda de nuestra pendencia. Y pues, en quien
sustenta su fama espada y honor han sido armas de
más importancia, dejadme ir vos por honor pues yo
os dejé ir por espada.
LUIS: Yo fui por ella, mas sólo para volver a
postrarla a vuestros pies, y cumpliendo con la obligación pasada en que entonces me pusisteis pues
que me dais nueva causa puedo ya reñir de nuevo.
Esa mujer es mi hermana.
No la ha de llevar ninguno, a mis ojos, de su casa sin ser su marido. Así si os empeñáis a llevar-la, con la mano podrá ser, pues con aquesa palabra
podéis llevara y volver, si queréis, a la demanda.
MANUEL: Volveré. Pero advertido de tu prudencia y constancia a sólo echarme a esos pies.
LUIS: Alza del suelo, levanta.

MANUEL: Y para cumplir mejor con la obligación jurada a tu hermana doy la mano.
Salen por una puerta BEATRIZ e ISABEL, y

por otra don Juan

JUAN: Si sólo el padrino falta, aquí estoy yo;
que viniendo a donde dejé a mi hermana el oíros
me detuvo, no salir a las desgracias como he salido
a los gustos.
BEATRIZ: Y pues con ellos se acaban, no se
acaban sin terceros.
JUAN: Pues, ¿tú, Beatriz, en mi casa?
BEATRIZ; Nunca salí de ella, luego te podré
decir la causa.
JUAN: Logremos esta ocasión pues tan a vo-
ces nos llama.
COSME: Gracias a Dios, que ya el duende se declaró. Dime, ¿estaba borracho?
MANUEL: Si no lo estás, hoy con Isabel te ca-
sas.
COSME: Para estarlo fuera de eso, mas no
puedo.
ISABEL: ¿Por qué causa?
COSME: Por no malograr el tiempo; que en es-
tas cosas se gasta, pudiéndolo aprovechar en pedir
de nuestras faltas perdón, humilde el autor os le
pide a vuestras plantas.

Fin de la comedia

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web